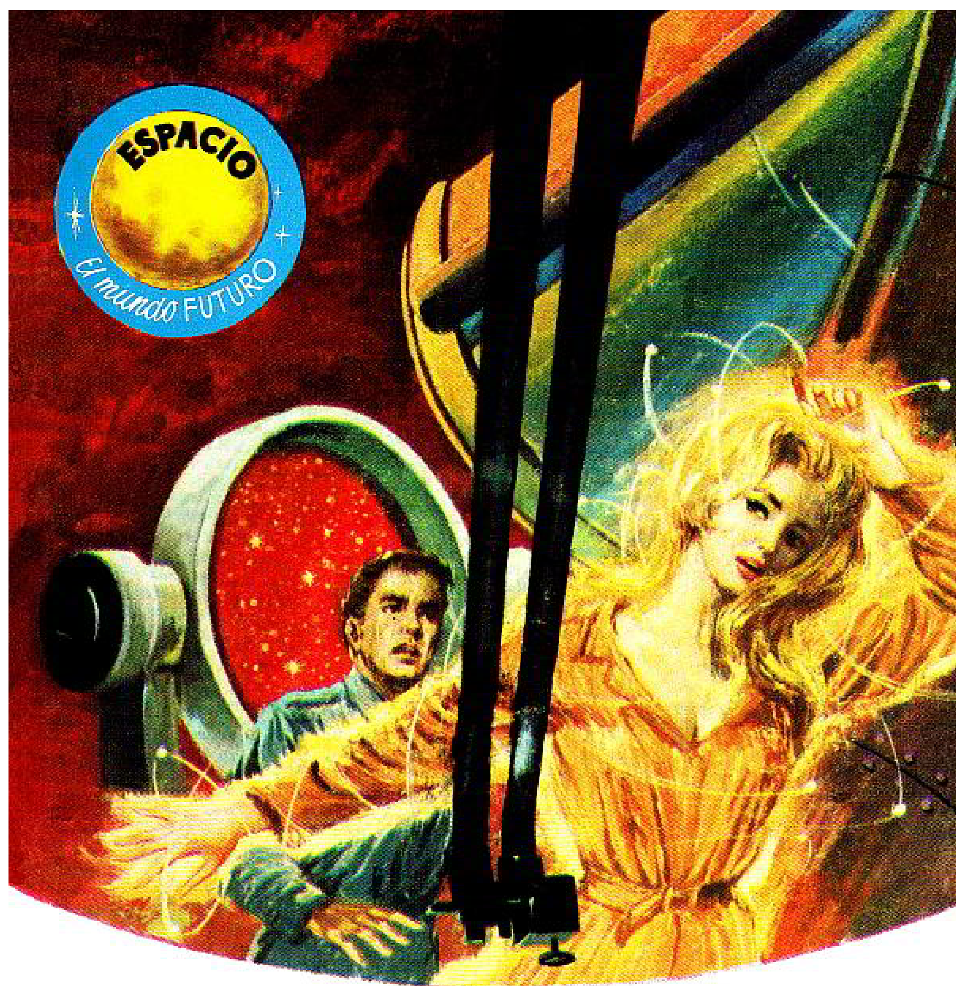


MICROLLUVIA

CRISTOPHER SANDER

¿Frente a qué misterio se encontraban nuestros amigos?

Sólo viéndolo con los ojos de uno mismo se podía tener idea clara del enorme poder de aquella generación: estaban frente a un planeta artificial; sus principios tenían que haber sido forzosamente tal y como se creó la Tierra y los demás astros; pero la raza que lo habitaba había hecho de él una modificación tal que nada más que los grandes lagos que había eran el único elemento natural que existía desde su creación.

Horadado de Polo a Polo ofrecía una vista impresionable a la vez que inverosímil. Un colosal túnel, que atravesaba aquel mundo insólito por sus mismas entrañas, con un diámetro superior a los 200 kilómetros, dejaba paso a las espacio-naves que iban y venían sin cesar.



Cristopher Sander

Microlluvia

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 337

ePub r1.0

LDS 21.12.1

Título original: *Microlluvia*
Cristopher Sander, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



MICROLLUVIA



PRÓLOGO

«Es muy probable que el desarrollo futuro de nuestra civilización dependa en gran parte de una utilización racional de la energía nuclear».

En relación a ello surge el complejo y amplio problema de los llamados «rayos ionizantes» en muchos aspectos de la vida moderna; sobre todo en los de la industria y la medicina.

Siempre ha habido en la superficie de nuestro planeta y en la capa gaseosa que la circunda, un grado natural de radiactividad. Esta radiactividad ha influido también en la evolución de los racionales e irracionales, el hombre y los animales, como factor que actúa sobre las nuevas generaciones de la herencia. La civilización ha ido incrementando, desde hace un siglo, la irradiación a la que todos estamos expuestos, con los consiguientes peligros para nuestra salud.

Esta irradiación puede dañar los cromosomas (elementos de la herencia), puede estorbar la división celular, perjudicando todo el organismo. La gravedad de los daños depende de la clase y cantidad de rayos X, gamma, alfa, beta o neutróticos recibidos, de la posición y extensión de la parte del cuerpo alcanzada, de la edad de la persona y de la duración total de la irradiación.

Una fuerte dosis de rayos penetrantes en todo el cuerpo, durante pocos minutos, puede provocar mareos, vómitos, náuseas y hasta la muerte.

En la sangre se puede producir una anemia grave y, sobre todo, leucemia: especie de cáncer difuso. En la piel pueden causarse irritaciones, verrugas, supuración crónica y cáncer.

La radiación directa puede acarrear la esterilidad en el hombre y la mujer; en la embarazada, sobre todo en su primera mitad, puede

ser la causa de trastornos posteriores en el desarrollo del niño.

* * *

Todos sabían la triste realidad de lo que sucedería; pero a pesar de ello las pruebas atómicas continuaron y la guerra nuclear se hizo completamente inevitable.

El último ingenio había dejado sentir sus efectos en una gran ciudad. Un artefacto de 150 o más Megatones (el último que se lanzara en la Tierra), acababa de destruir en su totalidad lo poco que quedaba de aquella colosal urbe.

El mundo se había vuelto loco y la ceguera por su dominio puso fin aun a los que lucharon por conseguirlo.

El éxodo se extendió en todo el mundo y ahora la lucha era para sobrevivir a aquella infernal hecatombe que se cernía sobre todos sus habitantes; y tuvieron que emprender el viaje forzado de la evacuación, de la huida en busca de refugio pasando penalidades y dejándolo todo.

Huían de la miseria y la necesidad, hacia una vida mejor, si podían encontrarla.

La mayor emigración de pueblos no tuvo lugar en los tiempos de las Cruzadas ni en la Guerra de los 30 Años, sino en estos tiempos ya avanzados de la energía atómica.

La radiactividad causaba estragos en cualquier lugar y era preciso hacer algo y rápido… Y se hacía y a un ritmo acelerado, pero era tal el desconcierto que muchos, en su deseo de vivir, perdían hasta los sentidos y se aniquilaban unos a otros para conseguir algún medio de locomoción y huir de los lugares más afectados.

En algunos países, las grandes empresas de viajes interplanetarios habían llegado a un común acuerdo y habían compartido sus fuerzas para fundar una gran agencia de viajes para emigrar a otros planetas no contaminados. Se inscribían gentes de muchos lugares.

En la oficina se tomaban los nombres de todos aquellos que luego pasarían a un minucioso reconocimiento médico. Serían muchísimos los que quedarían defraudados al oír el resultado del examen. Un 90% por lo menos tenían un resultado positivo. Esto

significaba que sólo el 10% restante estaba aún libre de la radiactividad; pero era evidente que si se quería llevar a cabo aquella emigración tenían que darse prisa. Tuvieron que evacuar el sector en que estaban las oficinas a causa de la invisible lluvia que segundo a segundo iba estrechando su cerco, hasta que por fin decidieron abandonar aquel lugar infectado.

—El siguiente.

—¿Nombre?

—Sergio.

—¿Apellido?

—Miranda.

—¿Edad?

—31 años.

—¿Casado?

—No.

Y así sucesivamente. Minuto tras minuto, hora tras hora iban pasando todos aquellos que momentos antes lo habían hecho por el reconocimiento médico.

Sólo 280 hombres y 340 mujeres lograron salvarse de que su cuerpo no absorbiese la terrible epidemia nuclear.

El momento de subir a la nave fue espeluznante. Los que habían sido afectados por la radiactividad luchaban por instalarse en aquella mole de un material tan ligero como el aluminio y tan duro como el acero, la cual les llevaría lejos de aquel montón de cenizas humeantes.

La lucha por la existencia fue cruel y por fin lograron cerrar la cúpula gigante capaz de albergar a más de mil pasajeros.

Un intenso silbido hizo estremecer el aire y el rugir de sus reactores fue elevando rápidamente aquella ciudad aérea. Una vez iniciado el despegue, la
aero-nave
alcanzaría, a los pocos minutos, una velocidad vertiginosa; velocidad que iría aumentando en el instante que dejaran la atmósfera terrestre.

CAPÍTULO PRIMERO



l cabo de casi 8 años-luz volvían a pisar tierra firme o así se lo creyeron; aquel planeta de unas dimensiones aproximadas a las de Luna no permanecía nunca en una misma órbita. Se desplazaba con facilidad a velocidades vertiginosas de un lugar a otro.

¿Frente a qué misterio se encontraban nuestros amigos?

Sólo viéndolo con los ojos de uno mismo se podía tener idea clara del enorme poder de aquella generación: estaban frente a un planeta artificial; sus principios tenían que haber sido forzosamente tal y como se creó la Tierra y los demás astros; pero la raza que lo habitaba había hecho de él una modificación tal que nada más que los grandes lagos que había eran el único elemento natural que existía desde su creación.

Horadado de Polo a Polo ofrecía una vista impresionable a la vez que inverosímil. Un colosal túnel, que atravesaba aquel mundo

insólito por sus mismas entrañas, con un diámetro superior a los 200 kilómetros, dejaba paso a las espacio-naves que iban y venían sin cesar.

La entrada se encontraba en el mismo corazón de la ciudad. Una gran cúpula cubría (en forma de semi-esfera) toda la ciudad, haciendo imposible el contacto con ella. Una cúpula transparente de un material desconocido para nuestros amigos y de un metro de espesor. Era prácticamente imposible franquear aquella barrera, pero los habitantes de aquella increíble obra pasaban a través de ella sin dificultad alguna.

Era cuestión primordial averiguar de qué método se valían.

Vieron algo que les dejó aún más perplejos. Aquellas gentes se dirigían de un sitio a otro casi volando, es decir: dentro de la cúpula se había suprimido la gravitación y la entrada a los edificios —que se encontraban a unos 20 ó 30 metros de altura— se salvaba con un simple empujón en el pavimento. Se elevaban con tal precisión que quedaban frente al lugar que querían y por medio de un sistema de atracción permanente situado en la entrada, avanzaban hasta la puerta sin esfuerzo alguno.

Por todas partes surgían anchas y largas autopistas que llevaban a todos los rincones de la ciudad. Por encima y debajo se entrelazaban como cintas dando la impresión de tocarse unas con otras.

Los auto-naves propulsados por energía eléctrica se deslizaban a velocidades de vértigo.

Sergio salió de aquel sueño y despertó al capitán y a Joel.

—¡Diablos! Nos hemos quedado como encantados.

—No hay para menos. ¿No les parece? —dijo Joel.

—¿Eh? —respondió el Capitán que aún estaba medio adormilado.

—Digo que… en fin, no podemos quedamos aquí. Pueden estar observándonos.

—Es de suponer que una gente que es capaz de hacer todo esto tenga aparatos suficientes para detectar la presencia de cualquier intruso.

Joel opinó:

—¿Se han fijado en el cinturón que llevan todos? Cada vez que querían desplazarse manipulaban algo en él.

—Es cierto —exclamó Sergio.

—¿Quieres decir que podrían ser cinturones antigravitatorios?

—Creo que sí, Sergio, y si es así tendremos que apoderarnos de algunos o llamaríamos la atención si es que ya no nos han localizado.

—El primer problema será atravesar esa barrera.

—No creo que sea muy difícil esto. Observa que no van armados y que también hay mujeres que la traspasan.

—Tendremos que esperar hasta ver su reacción frente a nosotros y si no nos entendemos tendremos que emplear la violencia.

A pocos metros de la cúpula estaban ellos y desde la nave vigilaban sus movimientos en caso de tener que ayudarles. Entre la frondosa vegetación permanecía oculta a posibles observadores.

Después de una minuciosa ojeada a todo aquel contorno decidieron regresar para aclarar algunos puntos.

Se comunicó a los pasajeros que nadie intentase salir de la nave sin autorización…

—Les habla el Capitán: Sé que estarán deseando salir al exterior y pisar tierra firme; después de siete años va a resultar un poco difícil de convencerles, pero antes de hacerlo tenemos que estar seguros de que vamos a ser bien recibidos y ésta es la causa de que vayamos un pequeño grupo para cerciorarnos de que esas gentes nos recibirán en son de paz.

»Espero de todos que sepan comprender la necesidad de dejarles aquí durante algún tiempo.

»Han esperado muchos días. Esperen unos cuantos más. Gracias.

Un grupo de cuatro hombres se disponía a abandonar la nave y hurgar en las entrañas de aquel misterioso planeta. Cuatro hombres que partían sin tener su regreso asegurado.

Sus nombres eran bien conocidos por todos, en la nave: Edmund Jensen, Joel Milland, Sergio Miranda y Cristópher Martín.

Este último llevaba consigo un aparato receptor para ir comunicándose con la nave.

Por entre la arboleda caminaban los cuatro observando sin cesar a su alrededor.

Las secas hojas y ramas crujían bajo sus pisadas y sólo el canto de algún pajarraco turbaba de vez en cuando el silencio.

El Capitán alargó la mano a Cris y le dio algo…

—Toma, muchacho, tú sabrás emplearla mejor que yo… A mi edad el pulso no es tan firme y erraría muchas veces.

Cris quedó entusiasmado por el inesperado regalo. Era una de aquellas pistolas desintegradoras.

—¡Vaya! —exclamó sopesándola—. Desde que Sergio las mostró no podía quitarme de la imaginación lo mucho que me gustaría tener una… Con esto encima se va mucho más tranquilo.

—Vamos, charlatán —añadió Sergio dándole una palmada en la espalda—. Haber cómo la empleas.

Cris se dirigió al Capitán:

—Pero… usted no puede ir desarmado, Capitán.

—No voy desarmado. Mira.

Le mostró un diminuto revólver en el cual había un cargador de 10 balines de efectos instantáneos.

—Lo llevo escondido para caso de necesidad. Y a pesar de su reducido tamaño es peligroso. Hace años que lo llevo encima y me ha sacado de algunos apuros. Yo lo llamo «Rueda de recambio».

—¡Silencio! —indicó Joel apagando la voz.

—¡Agáchense!

El ruido de unas pisadas lentas y entrecortadas se acercaba a ellos.

—Alguien nos viene siguiendo desde hace rato.

Cris sacó su pistola y apuntó en aquella dirección.

—¡Cuidado! Está ya aquí.

Oprimió un poco el gatillo dispuesto a descargar su mortífero rayo contra el visitante.

—¡Espera! Parece que sólo es uno —dijo Joel desviando el cañón de la pistola en otra dirección.

Una silueta se perfiló a través del follaje.

—¡Quédese donde está! —gritó Sergio—. Le estamos apuntando.

Ante la orden perentoria, el intruso se dio a conocer.

—¡No disparen! ¡Soy Elsa!

—¿Elsa? —coincidieron todos.

Ante el asombro general salió a descubierto.

—¿Quién le dio permiso para salir de la nave? —le increpó el Capitán. ¡La orden fue para todos, sin excluir a nadie!

»Sea quien sea el causante de tal insubordinación se las entenderá luego conmigo.

»¡Y ahora vuelva a su sitio con la máxima rapidez!

—Un momento, Capitán —cortó Sergio—. Todos reconocemos que han obrado mal, pero creo que una enfermera nunca está de más. Nadie sabe lo que puede suceder y sus servicios pueden sernos muy útiles…

—Es cierto, Capitán —insinuó Joel—. Nadie de nosotros sabe como ella de medicina.

—¡No le den la razón! Aunque… no está mal razonado.

—¡Pero ya hablaremos luego! —prosiguió cambiando el tono de voz.

Todos sonrieron. Elsa se adelantó y besó la mejilla del Capitán.

—Gracias. No se arrepentirá.

Continuaron salvando los numerosos obstáculos que les presentaban las enredadas ramas de los árboles y su espeso follaje.

Pararon frente a un pequeño montículo y el Capitán se dirigió a Elsa y a Cris:

—Y ahora prepárense a presenciar la más grande maravilla que nunca hayan podido ver ni tan siquiera soñar.

Salvaron el obstáculo y se agazaparon tras unas rocas.

—Aquí es donde paramos no hace mucho.

Les seguía hablando pero no le escuchaban. Su voz sonaba en sus tímpanos como un eco muy lejano.

Cris comunicó con la nave por orden del Capitán.

—Nos encontramos al lado de la cúpula. A partir de ahora actuaremos solos. No emitan señal alguna; desde aquí les localizarían fácilmente…

—Todos los altavoces están conectados, Capitán. Nos lo han pedido. Quieren ir siguiéndonos mientras puedan hacerlo.

—Está bien y puesto que me oyen todos les diré que hasta ahora todo marcha sin tropiezos.

»Debo decirles también que se ha unido a nosotros un nuevo compañero, o mejor dicho, una nueva compañera… Elsa, nuestra enfermera. Corto.

—Buena suerte —contestaron desde la nave.

—Gracias. La necesitaremos.

—Es conveniente que dos de nosotros nos adelantemos. Será más fácil acercamos —opinó Sergio, mirando al Capitán.

—Desde luego. Háganlo.

Sergio emprendió la marcha, invitando a Joel a que le siguiese.

—¿Vamos, Joel?

—Adelante, Sergio —contestó sin pensarlo.

Dejaron algunas cosas para aligerarse de peso y saltaron hacia unos pequeños arbustos que había delante.

Avanzaron haciendo señales a sus amigos para que les siguieran.

A unos metros de la cúpula se reunieron otra vez y ahora esperarían a que alguno de los habitantes saliera al exterior.

Minutos después un hombre se disponía a traspasar la barrera. Accionó algo del cinturón, pero como si se olvidara de alguna cosa volvió atrás, alejándose de nuevo.

Observaron todos hasta el más insignificante movimiento.

—Se valen del cinturón para salir y entrar. Eso quiere decir que pueden hacerlo mientras lo llevan, pero no si se les olvida —exclamó Joel.

—Y además es antigravitatorio —remachó Sergio más observador.

—Estamos frente a una raza superior a nosotros, por lo que podemos ver desde aquí; pero han de tener por fuerza un punto vulnerable y hemos de encontrarlo aunque sacrifiquemos para ello nuestra propia seguridad.

Sergio se dirigió a Elsa:

—Esto va a ser más complicado de lo que al principio suponíamos.

—No te preocupes por mí. Afrontaré cualquier riesgo. Recordemos también que tenemos una ventaja sobre ellos: el plan «I».

—Pero ¡cuidado! —interrumpió el Capitán—. No se puede abusar de esas pastillas.

—Lo sé, pero nos dan un margen de confianza en caso de tener que emplearlas y 20 horas son muchas para salir de cualquier posible conflicto.

—Desde luego. Ésta es la única razón por la cual voy tranquilo a esta misión.

—Si me permite una sugerencia, Capitán, desearía disponer por unos momentos del mando de esta expedición. Hay cierto detalle que habíamos pasado por alto y es bastante delicado.

—Diga, Sergio; un cerebro joven coordina mejor las ideas que

uno ya maduro.

—Supongamos que estamos ya dentro y que tenemos que salir más aprisa de lo corriente…

—Desde el otro lado de la cúpula veremos lo de fuera; pues bien, en tal caso huiremos en estado de invisibilidad. Es evidente que nosotros mismos no nos veamos y nos expongamos a serios percances.

—¿Qué sugiere usted?

—Escuchen: en caso de una huida forzosa vamos a escoger unos puntos de referencia.

Sergio buscó dichos puntos, que se encontraban a unos diez metros uno del otro. Desde dentro seguirían la línea que marcaba su posición elegida y así no habría choque posible entre ellos mismos.

Un golpe en estado invisible podría echarlo todo a perder si se causaban sangre al hacerlo. Ésta, al contacto con el aire, volvería a ser visible y con ella todo el cuerpo.

—¡Buena idea, Sergio! —exclamó Joel.

—Yo elijo este lugar.

—Y yo éste —dijo Cris.

Sergio buscó un sitio fácil para Elsa.

—Recuerda el lugar.

—No se me olvidará.

El Capitán observó otro detalle.

—¡Eh, Sergio! Un momento.

—En el caso que tengamos que salir aprisa nos encontraremos desarmados y lo que es peor, ¿cómo vamos a cruzar esa maldita barrera?

—He pensado en eso, Capitán… Explícales, Joel —dijo a éste mientras él hacía algunos preparativos.

—En primer lugar, eso es evidente, hemos de procurar obtener alguno de esos cinturones y luego ustedes mismos verán lo que debemos hacer.

»No conviene distraerse ni dejar escapar ninguna ocasión que nos sea propicia para actuar.

—¿Quieres decir que aquel individuo no nos ha visto y por eso ha vuelto atrás?

—Desde luego. Si hubiera sido así su expresión habría cambiado.

—¡Cuidado! ¡Silencio! —recomendó Sergio con voz apagada.

Alzaron la vista y a unos diez metros de ellos y encima de una roca tres hombres estaban charlando despreocupadamente, y de cuando en cuando dejaban escapar una risotada.

—¿Nos han descubierto? —preguntó Elsa asustada.

—No lo parece. No estarían tan tranquilos hablando —calmó el Capitán.

—No llevan armas.

—¿Les damos un susto? —insinuó Cris.

—Espera. Si se dan cuenta de nuestra presencia y pasan la barrera se habrá perdido todo; y eso no nos conviene.

—Tenemos que cogerlos por sorpresa.

Cris desenfundó la pistola.

—¿Sabes qué conseguirías si dispararas? No quedaría de ellos más que un montón de cenizas y entonces no tendríamos ni tan siquiera sus cinturones.

Uno de aquellos hombres sacó un pequeño aparato y acto seguido miraron los tres a su alrededor con recelo.

—¿Ha visto eso, Capitán? —observó Cris angustiada.

—Sí. Indudablemente nos han descubierto. Lo que ha sacado debe ser un detector.

—Esperaremos su reacción.

Poco a poco les tres seres fueron retrocediendo y dirigiéndose hacia la cúpula.

—Vamos —exclamó Sergio—, tenemos que actuar antes de que sea demasiado tarde.

Elsa y el Capitán se quedaron allí y los tres se lanzaron veloces sobre ellos, momentos antes de que traspasasen el muro.

Algo inaudito dejó perplejos a nuestros amigos: con un solo golpe bastó para que se desplomaran pesadamente.

Los cogieron y los arrastraron hacia su escondite.

—¿Has visto? No han puesto ni tan siquiera el deseo de luchar —dedujo Cris.

Los registraron y no llevaban nada encima excepto el detector y una especie de ficha de un metal muy ligero que, era muy posible, fuera su chapa de identificación. En ellas había grabados unos signos que nadie logró descifrar.

—A juzgar por su apariencia parecen seres débiles en demasía y quizá sea ésta la razón por la cual se hayan rodeado de unos

adelantos que les evite hacer esfuerzo alguno.

—Debemos interrogarles como sea —opinó Joel.

Los captados fueron recobrándose con lentitud, pero al abrir los ojos ninguno de ellos intentó ponerse en pie.

—Parecen estar asustados —objetó Elsa—. No les hagan daño…

Sergio señaló a los tres. Su dedo apuntaba a los cinturones e hizo un gesto para que se los quitaran. Asintieron con la cabeza y se despojaron de ellos.

—Tendremos que esperar que sea una mujer la que salga. Tu cintura es demasiado estrecha para que ninguno de éstos te vaya bien —dijo Sergio sonriendo a la vez.

—Esperaremos, Sergio… aunque —continuó— no creo que tengamos que hacerlo por mucho tiempo. Miren hacia allá.

Un pequeño grupo se acercaba. Seis de aquéllos eran hombres, y tres de ellos iban armados.

—Tres de ellos llevan armas —exclamó Sergio.

—Bueno, Cris, creo que ahí tienes la oportunidad que tanto esperabas.

Cuatro pasaron la cúpula y los otros dos se quedaron al otro lado. Uno iba armado.

—Esto nos complica las cosas, Capitán —comentó Joel—. No podremos actuar…

Los cuatro se dirigieron hacia el interior de la selva e ignorándolo en la dirección de la nave.

—Escuchad —opinó Joel—: tú y Cris ocupaos de los que van armados; yo me encargaré de los otros dos.

—Si son como éstos —dijo, señalando a los que estaban atados —, poca faena van a darme.

—De acuerdo. Esperemos que pasen por detrás de la roca y así quedarán ocultos para sus compañeros.

—¡Ahora!

Cris les llamó la atención, y antes que pudieran desenfundar sus armas, unos potentes puños se estrellaban en sus mandíbulas.

Joel hizo presa por la garganta a uno y tumbó al otro de un solo golpe.

Lo que dijera momentos antes era evidente que estaba en lo cierto. Se trataba de una generación débil… extremadamente débil.

Varias lianas pendían de los gruesos árboles y las aprovecharon

para dejarlos bien atados. Luego se escondieron.

Esperar a que pasase una mujer la barrera era perder un tiempo que no sabían si les resultaría. Uno de los cinturones lo arreglaron de manera que se ajustase a la estrecha cintura de Elsa. Tenían lo necesario para pasar al otro lado.

—¿Y aquéllos? —exclamó el Capitán dirigiéndose a los que estaban al otro lado.

—Me ocuparé de eso —contestó Cris.

Con el vestido de uno de los prisioneros se puso delante de los dos. Accionó la clavija del cinturón y una parte de la cúpula pareció esfumarse y quedó frente a ellos.

De momento no se dieron cuenta del cambio, pero el que iba armado hizo un gesto para sacar su arma; Cris se adelantó haciendo funcionar la suya antes. Segundos después yacían los dos medio carbonizados.

Incluso él quedó atónito. Sabía el poder destructivo que tenía su arma, pero aún no se había utilizado contra nadie.

—¡Vamos!, tenemos el camino libre —gritó reaccionando ante aquel espectáculo poco agradable.

Ya estaban dentro y lo habían conseguido a costa de dos vidas.

Con el nuevo vestido sería más fácil pasar desapercibidos. La única que no estaba muy de acuerdo con el cambio era Elsa, pero no había para escoger y el tiempo apremiaba.

Como inmediato superior, el Capitán dio el mando a partir de entonces a Joel.

—Joel tiene muchas aventuras en su «haber» y creo que lo que vamos a realizar no deja de ser una aventura más.

—Estarás en tu propio ambiente y sabrás llevar a cabo esta misión mejor.

—Lo mismo opino de ti, Sergio, y no vacilaría en darte el mando, pero hace ya muchos años que Joel y yo actuamos juntos.

—Estoy de acuerdo, Capitán; no es necesario que se disculpe.

Pero algo hizo cambiar la opinión de Joel y quizás aquello era una ocasión para demostrar a Sergio que su arrepentimiento era sincero a pesar de lo que había habido entre ellos.

No sabía si Sergio le habría perdonado los antiguos incidentes, pero no sabía disculparse directamente y aprovechó el momento propicio para hacerlo.

—Sergio —exclamó poniéndole la mano en el hombro—, me gustaría que fueses tú el que mandara esta expedición… No me preguntes nada y acéptalo.

—¿Qué sucede, Joel? —interrumpió el Capitán ante aquella reacción—. ¿No te gusta mi ofrecimiento?

—No es eso, Capitán. No podría comprenderlo ahora.

—De acuerdo. Puede dirigir Sergio este safari —dijo sonriendo a su vez.

Sergio le alargó la mano y se la estrechó con fuerza.

El corazón de su amigo pareció volver a la normalidad.

Todos se miraron sin comprender lo que sucedía.

—¿Qué les parece si jugáramos una partida al *póker*? —insinuó Cris para salir de aquella situación…

—Es evidente que estamos perdiendo un tiempo precioso…

—No sé qué ha podido suceder entre vosotros; pero creo que no es el momento oportuno para ponerse melancólicos.

—Bien, nuevo Capitán. ¿Qué te parece si nos dividimos en dos grupos? —dijo Joel sonriendo a Sergio.

—Esto es lo que había pensado.

—Tú y Cris tomaréis este camino; nosotros iremos por aquí.

—Dentro de seis horas nos volveremos a reunir en nuestro escondite; procuremos sacar lo máximo de este tiempo.

—Suerte y hasta luego.

Se estrecharon las manos y cada uno de los grupos partieron por lugares estratégicos.

A medida que avanzaban notaron de pronto que algo les iba privando de andar. Sus movimientos eran cada vez más lentos hasta el punto de no poder dar un paso. Una fuerza invisible les privaba articular ningún miembro.

Podían hablar (con dificultad), pero no moverse.

Sergio empleó todas sus fuerzas para retroceder. Unos metros más atrás aquella poderosa presión dejaría de actuar en él.

Trató de ayudarles, pero en vano; cuando avanzaba hacia ellos quedaba igualmente paralizado y tenía que empezar de nuevo.

Entonces recordó el cinturón que llevaban. Era razonable que tenía que ser la clave de todo lo que sucedía.

Oprimió un botón y no sólo se acercó a Elsa y al Capitán, sino que presionando con suavidad el pavimento pasó por encima de

ellos.

—¡Pulsen el botón del cinturón! —advirtió.

Ya no podían. La enorme presión que reinaba en aquel raro planeta los había dejado rígidos al estar tanto tiempo bajo su efecto.

Sus cuerpos empezaban a palidecer y a encorvarse.

Sergio, impaciente, se adelantó y accionó el pulsador de los dos. Con lentitud, fueron recobrando sus movimientos.

—Gracias, Sergio —suspiró el Capitán, respirando con desasosiego—. Apenas podía respirar.

—¿Se encuentra bien, Elsa?

—Sí. Menudo susto he pasado. Creí que era el fin de nosotros.

Sergio acarició su rostro.

—Lo que nos ha sucedido ha sido para bien nuestro —comentó Sergio ante la mirada perpleja de ambos.

—No entiendo.

—Escuchen: recuerden que esas gentes son sumamente débiles y si ustedes en sólo unos segundos se quedaron rígidos, ¿qué pasará cuando desconectemos a uno de esos individuos de la gravitación?

—¡Estupendo, Sergio! —exclamó Elsa—. Yo misma me atrevo con uno de esos fantoches.

—Pero cuidado; recuerden que pueden saltar como nosotros y con mucha más precisión. Están en su terreno y actúan con ventaja.

Continuaron andando y de pronto tuvieron que esconderse en el recodo lindante a una de las autopistas, detrás de una valla.

Dos de aquellas veloces naves se dirigían hacia ellos; la primera pasó cerca y la otra se detuvo.

Bajó el piloto y entró en uno de los edificios.

No conocían las costumbres del país y, por consiguiente, no podían precisar lo que tardaría en salir su ocupante, pero un detalle hizo que Sergio concentrara su atención.

—No conocemos sus costumbres, pero creo que un piloto no deja su vehículo tan escondido si lo tiene que utilizar dentro de poco.

—Observad dónde lo ha dejado.

Efectivamente, Sergio era un buen observador y se fijó en que la pequeña nave se había quedado en un lugar escondido. Era como un garaje en miniatura.

Sin pensarlo, miró a su alrededor y penetró en él. Al acercarse,

una puerta corrediza del vehículo se abrió. Miró en su interior y trató de averiguar su manejo.

No lo entendía… no tenía mandos ni acelerador, ni tan siquiera volante de dirección… nada. Era un caso insólito.

Unas agarraderas delante del conductor y dos finísimos cables con un pequeño casquete unido a sus extremos, era lo único que vio en aquel extraño artefacto.

Se alejó del extraño vehículo y la puerta corrediza volvió a cerrarse. Miró fuera antes de salir y se reunió con ellos.

El Capitán estaba apuntando su pequeña pistola hacia la entrada donde momentos antes había subido el habitante de la nave.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Elsa impaciente.

—Nada. Es inaudito…

Sergio les explicó lo que vio.

—De algún medio se han de valer —opinó el Capitán—. No creo que se conduzcan solas…

—¡Solas! ¡Eso es! —exclamó Sergio produciendo un característico chasquido con los dedos—. ¡Claro! Por eso vi aquellas asas para cogerse y el pequeño casco que pendía de arriba y precisamente encima de la cabeza del que ocupaba la nave.

—No entiendo, Sergio.

—Escuchen: ¿Qué harían si entrasen en un
auto-nave
y dispusieran tan sólo de lo que les ha contado?

—Lo lógico sería ponerse el casquete y agarrarse —contestó Elsa —. ¿No es eso lo que haría usted, Capitán?

—Desde luego, pero ¿Cómo funcionaría?

—Elsa, tú mejor que nosotros sabes que el cerebro emite cuando se piensa constantes y pequeñas descargas eléctricas… pues bien: estas sacudidas, aun en número muy pequeño, controladas pueden suplir algún mecanismo y he aquí el motivo de que no haya visto en esta nave mecanismo alguno… ¡El cerebro lo sustituye por entero!

—¡Es increíble! —gritó el Capitán sin darse cuenta—. Funciona tan sólo con el pensamiento…

—Exacto, y eso nos va a facilitar las cosas, aunque no creo que haya plaza para todos; y suponiendo que tenga cabida para los tres quizá no pueda con la sobrecarga.

—¿Quieres decir que nos tendremos que separar y ocupar un

vehículo cada uno?

—No, Elsa. Quiero decir que si no disponemos de una nave mayor tendremos que seguir a pie.

—Quizás encontremos otra.

Unas voces hicieron que los tres guardaran silencio.

Un hombre de mediana estatura se disponía a descender de un primer piso a una altura de quince metros.

Avanzó unos pasos y bajó majestuosamente. Al llegar al suelo hizo un poco de flexión y se dirigió al garaje.

Al salir el vehículo comprobaron que la teoría de Sergio era cierta… la nave era controlada por el cerebro.

Desapareció de su vista en unos segundos.

—Síganme —dijo Sergio adelantándose.

—Aquí no conseguiremos nada: tenemos que arriesgamos.

De un salto se colocaron al borde de la autopista que subía a los edificios más altos.

El tráfico había disminuido y sólo de cuando en cuando pasaba una de aquellas naves zumbando por su lado y dejando atrás un leve silbido.

Siguieron bordeando la pista y pararon un momento para orientarse.

Miraron hacia abajo y no podían creer lo que habían ascendido. Desde el punto de partida hasta ellos medía una altura de unos trescientos metros.

Sin esfuerzo alguno habían subido casi al limité de la cúpula y desde allí podían observar toda la magnificencia que encerraba aquella colosal ciudad aérea.

—Miren cada uno por un lado. Quizá desde aquí localicemos a Joel y a Cris.

Sus anchas pistas y espaciosas avenidas permitían ver en una ojeada un radio de acción considerable.

—¿Qué hacemos, Sergio? Aquí estamos bastante al descubierto y de aquella autopista de abajo pueden vernos.

—Trataremos de entrar en uno de esos estupendos edificios.

—Salten detrás de mí…

Sergio calculó el salto y voló horizontal hacia la cornisa. Suavemente fue atraído como arrastrado por un potente imán.

—¡Vamos, Elsa, salta!

No esperó a que se lo repitiese. Hizo flexión con las piernas y dio un fuerte empujón… demasiado fuerte. Momentos después pasaba por encima de Sergio, yendo a parar dos pisos más arriba.

—¡Déjate caer! —exclamó Sergio—. Yo te pararé.

—Salte, Capitán. No dé mucho empuje.

Elsa dejóse caer y al pasar por su lado la sujetó.

—Calculé mal el salto. Tenía miedo de no llegar.

—Lo hiciste muy bien. ¿Cómo te encuentras?

Elsa asintió con la cabeza.

—Tratemos de alcanzar esta ventana.

Fueron deslizándose por la estrecha cornisa y Sergio lanzó una ojeada al interior de la sala. No había nadie en ella.

Sin pensarlo, dio un pequeño salto y se coló dentro.

—¿Qué hacemos, Sergio? —comentó Edmund una vez dentro.

—Sé que tarde o temprano nos descubrirán, pero antes trataremos de averiguar por nuestra cuenta dónde nos encontramos.

—No toquen nada. Cualquier objeto puede estar conectado con un dispositivo de alarma.

Sergio se dirigió hacia una puerta y miró fuera… Un largo y ancho pasillo impedía que salieran por allí sin ser vistos.

—No podemos salir por aquí.

Abrió la otra puerta de la sala y la sorpresa fue mayúscula al encontrar frente a ellos a un verdadero ejército de robots gigantes de tres metros de altura. El material era en extremo brillante y su fabricación era perfecta.

—¡Cuidado! —exclamó Sergio ante aquella aparición, pero en seguida se dieron cuenta de que estaban desconectados y entraron.

—Parece acero blindado. Son durísimos —observó Elsa.

Su aspecto era imponente y parecían estar dispuestos para cualquier situación de peligro.

Sólo bastaba conectar desde la sala de controles y recobrarían su movimiento.

Por un momento pensaron lo que sucedería si les dieran vida a aquellas criaturas, pero desecharon la idea, ya que en la ciudad todo parecía seguir su curso normal al no percatarse de la presencia de ellos.

—¿Para qué tendrán tantos robots, Sergio? —preguntó Elsa acercándose a uno de ellos y comparando su altura con la de ella.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —bromeó… y prosiguió—: Por lo menos miden tres metros…

—Esto es un verdadero arsenal —infirió Sergio—. Miren esto; quizás no haga mucho tiempo que estos robots han actuado y no de forma pacífica.

Se acercaron al lado de uno, el cual estaba examinando Sergio, y les mostró un detalle que juzgaron interesante… En el costado derecho le había sido superpuesta una plancha y aún por los extremos de ésta quedaban indicios de quemaduras.

—Quizás sea éste el punto débil de estos robots y una descarga eléctrica le haya perforado el metal por este lado.

—Salgamos de aquí, Sergio —objetó Elsa—. Temo que de un momento a otro empiecen a moverse y me imagino que quedaríamos bastante mal parados si ofreciéramos resistencia alguna.

—Sé que te gustaría examinar su mecanismo, pero no creo que sea éste el momento oportuno para hacerlo.

—De acuerdo, Capitán. Vamos.

Unas voces procedentes del pasillo les hicieron quedar inmóviles. Pasaron por delante de la puerta y volvió a reinar la calma.

—¡Ahora!

Corrieron los tres en dirección opuesta de los que habían pasado y se detuvieron frente a una escalerilla que conducía al piso inferior.

Miraron atrás y luego descendieron por ella. Momentos después quedaban maravillados por lo que tenían frente a sus ojos.

—Esto parece la sala de controles —exclamó el Capitán.

Los más modernos adelantos de la ciencia se encontraban allí dentro.

En el centro de la sala había una pantalla paralela al suelo, a una altura de 60 centímetros y a su alrededor una enorme cantidad de botones de diversos tonos, al lado de los cuales se encendía y apagaba intermitentemente una pequeña luz.

En realidad apenas se distinguían las paredes… interruptores, palancas, diminutos reostatos y toda clase de aparatos electrónicos que jamás hubieran podido imaginar ellos.

Estaban en el mismo corazón de la ciudad y de todos aquellos

instrumentos dependía la supervivencia en la misma.

—Algo anormal debe suceder cuando nadie está al cuidado de todo esto —comentó Sergio—. Parece que no tengan interés en vigilar o quizás estén muy seguros de que nadie puede penetrar en esta ciudad sin ser descubierto.

—Cierto. Parece abandonado.

—¡Se equivoca, amigo! —Irrumpió una voz clara y potente sacando de dudas a los tres.

—Les localizamos mucho antes de que su nave aterrizara.

Sergio hizo el gesto de sacar su arma.

—¡Quieto! No llegaría a utilizarla —amenazó el desconocido.

Ocho o diez hombres armados con fusiles de rayos paralizantes les estaban apuntando.

Aquel aparecido personaje seguía hablando o por lo menos así les pareció a ellos, porque no veían que moviese los labios para hacerlo.

—Un solo movimiento y quedarán los tres petrificados. Y ahora escuchen: con este aparato podemos entendernos en cualquier idioma. ¿De dónde proceden? ¿Cuál es su planeta?

—Venimos del planeta Tierra —se apresuró a contestar Elsa.

—Es inútil que hablen. Para entendernos limítense a pensar lo que quieran decir. Mi cerebro electrónico traducirá sus pensamientos en palabras y en nuestra lengua.

En efecto. Sergio pensó lo que quería contestar y su voz sonó en el interior del aparato.

—Venimos del planeta Tierra. A causa de la guerra su atmósfera se impregnó de radiactividad y tuvimos que emprender este viaje forzoso. Luego algo alteró nuestros controles y nos obligó a buscar refugio aquí.

—¿A qué distancia se encuentra este planeta que ustedes llaman «Tierra»?

—A unos 8
años-luz.

—¿Saben qué planeta es éste? Creo que no tienen ni una ligera noción…

»No vivimos en uno de esos astros vulgares que siguen una órbita más o menos fija; nosotros seguimos la órbita que se nos antoja y así disponemos de los varios cambios de la naturaleza a

nuestro gusto.

»Por ejemplo: hace dos años que estamos estacionados en un mismo lugar y la temperatura que aquí reina es de 25 a 30 grados bajo cero…, pero no se nota debido a nuestra avanzada ciencia. Esta temperatura hace que nuestros cuerpos se mantengan jóvenes y que todo se conserve tal y como deseamos.

»Es difícil que lo entiendan, pero lo irán comprendiendo con el tiempo cuando se hayan amoldado a nuestras costumbres.

—Eso quiere decir que no nos dejarán ir —insinuó Sergio.

—¡Oh! No quiero que piensen que son mis prisioneros. Yo les considero desde ahora mis invitados. Después de todo, ¿adónde se dirigirían? Han viajado mucho para emprender de nuevo la marcha a otro planeta.

»Escuchen y den su opinión luego. No opondré resistencia alguna si quieren marcharse.

»Voy a dar órdenes para que puedan salir de su nave todos y dispongan de la ciudad como quieran.

»Les proporcionaremos cinturones antigravitantes y les daremos alojamiento. Hay sitio para todos.

El Capitán pensó, sin darse cuenta que el traductor electrónico estaba cerca de él:

—«Y nos tendrán como esclavos…».

—Lamento que tenga este mal concepto de nosotros… aunque quizás yo en su lugar habría pensado lo mismo.

El Capitán no pudo por menos de avergonzarse y se disculpó.

—No olviden que están dentro del campo de acción del cerebro electrónico y que puede traducir sus pensamientos.

—¿Es usted el «amo» de esta ciudad? —preguntó Sergio con sorna.

—Comprendo su ironía y no se la reprocho, pero enmedio no hubiéramos tenido ninguna dificultad para hacerlo, puesto que nadie pediría cuentas de ello.

»Me llamo Griko y deseo que haya paz en mi planeta.

Se volvió hacia uno de sus hombres mientras continuaba hablándoles:

—Sé que estarán deseando ver a sus dos compañeros…

Hizo un ligero movimiento con el pulgar y segundos después Joel y Cris cruzaban el umbral de una puerta.

—¡Joel!…

—¡Cris!…

La alegría era general e incluso Griko sonreía.

—¿Dónde os pescaron?

—Casi en el momento de dejaros a vosotros.

—No nos ha sucedido nada —dijo Cris—. Esas gentes son hasta amables.

—Ni tan siquiera nos han desarmado —exclamó Joel.

—¿Cuándo os cogieron a vosotros?

—Hace escasamente unos minutos. Aquí mismo.

Griko cortó el diálogo.

—Por favor, piensen… no hablen. Pueden hacerlo entre ustedes a través del traductor. No entendemos nada.

—Olvidamos este detalle —contestó Elsa.

A una orden de Griko el guardián más próximo a él trajo otro transmisor mental parecido al suyo pero de distinto color.

—Tomen —dijo entregándoselo a Sergio—. Hasta que aprendan nuestro idioma llévenlo encima, les será de gran utilidad.

»Más adelante se los proporcionaremos a todos.

»Y ahora escuchen —prosiguió—: son inteligentes y aquí necesitamos seres así. No les obligamos a que se queden, pero se habrán dado cuenta que esto les conviene y que no van a encontrar en otro planeta mejor medio de vida, es decir: si marcharan ahora volverían a ir a la ventura y no creo que una vez conocido esto se conformen sus pasajeros a arriesgar de nuevo sus vidas.

—Tiene razón, Sergio. Yo creo también que debemos quedamos —opinó Elsa.

—Veo que no está convencido —pensó Griko, sonando su voz en el traductor con un tono de resignación—. Lamento de veras su desconfianza; les comprendo y voy a demostrarles que pueden confiar en nosotros.

»No sé si lo lograré pero les haré ver que confío en ustedes y tal vez esto les haga confiar al mismo tiempo en mí.

Hablando en su idioma se dirigió a su escolta y todos se retiraron, quedando solo él con los cinco.

—Pensarán que sería inútil ir contra mí, puesto que entonces no tardarían también ustedes en caer, pero son lo suficiente inteligentes como para adivinar que no me arriesgaría si hubiera

querido hacerles mis prisioneros.

»Yo hubiese podido desconfiar al ver cómo caían dos de mis hombres y, sin embargo, no lo hice.

—Usted gana —respondió Sergio alargando la mano.

Griko se la estrechó con fuerza.

Un suspiro alivió a todos, que esperaban la contestación de su amigo.

—Llámenme Griko. Bienvenidos a Ariel.

Se dieron a conocer y Griko se ofreció a enseñarles la ciudad, empezando por el lugar donde se encontraban, pero luego rectificó su decisión.

—Estarán cansados y antes de enseñarles todo creo que desearán reposar…

—No es mala idea —contestó Cris—, pero primero tendríamos que comunicar con nuestra nave. Estarán esperando noticias nuestras con impaciencia.

—Desde luego; vengan.

Elsa no pudo resistir tan largo tiempo todas las emociones y de pronto se abrazó a Sergio, dejando rodar por sus mejillas unas lágrimas.

—Creí que nunca volveríamos a vernos cuando aparecieron ellos y nos sorprendieron —balbuceó casi sin poder hacerlo.

—¡Elsa, cariño!

Griko se acercó a ellos y trató de consolarla.

—Lamento haberla hecho llorar. Sé que se asustó; lo noté nada más verla y es mejor que se desahogue.

»Yo les pondré en contacto con su nave.

Accionó dos clavijas. En una pantalla se reflejó la imagen de la espacio-nave, tan cerca que les pareció estar junto a ella; la otra comunicó con su interior.

—Pueden hablar; mientras voy a dar las órdenes oportunas para que sean atendidos en el momento que tomen pie.

Sergio no sabía cómo empezar ni qué decir y en breves palabras les puso al corriente de los hechos más importantes.

Luego habló el Capitán:

—Después de lo que ha dicho Sergio sólo añadiré que en este planeta formaremos la nueva generación que en la Tierra no hubiéramos podido consumar por lo menos ahora.

»Ahora descansaremos todos y mañana se iniciará la nueva vida. Tendremos faena y conviene que los cuerpos estén descansados.

»Hasta mañana, pues, que será un nuevo día en un nuevo mundo.

Cortó la comunicación y la imagen reflejada en la pantalla se desvaneció lentamente.

—Bien —dijo Griko—. Les mostraré sus habitaciones.

»Ésta es la de ustedes tres. Hay cuatro camas.

—Voy a dormir mejor que nunca —exclamó Cris.

—Lo celebro —respondió Griko.

Dentro había una joven muchacha que les enseñaría el manejo de algunos aparatos para el aseo. Joel insinuó una sonrisa…

Griko se dirigió a Sergio mostrándole su habitación.

—Espero se encuentren perfectamente cómodos aquí.

Las habitaciones eran espaciosas y claras con unos grandes ventanales.

Griko entró con ellos y les enseñó personalmente el dormitorio.

—Si necesitan algo pulsen este botón. Sea la hora que sea acudirán en el acto.

Luego quedóse pensativo mirando por la ventana hacia lo alto de la gran cúpula.

—Dígame, señor Sergio —preguntó señalando a una butaca lindante al ventanal—. Es tan sólo un ejemplo, pero le ruego que piense con atención la respuesta antes de contestar.

»Suponga que la vida de todos ustedes depende de esta simple butaca. Ésta se encuentra dentro de la habitación y ustedes fuera, no tienen otro lugar para entrar que esa puerta y suponga también que diez, quince o más personas se hayan unido para entrar y todas han perecido en el intento, empleando para ello todos los medios a su alcance. Fuera hay más personas que esperan la butaca. Los días pasan y sin ella su vida se acorta.

»Y ahora pregunto: ¿cuál es el punto factible de esa habitación y cómo sacamos de su interior el objeto?

Sergio meditó profundamente y contestó a la rara pregunta, que sin duda iba con doble intención.

—Quizás esté más vigilada la butaca que los planos que se han empleado para su construcción.

»En tal caso consiguiendo éstos reconstruiríamos una idéntica

butaca y nada mejor para lograrlo que actuando uno solo… Un leve descuido y de momento quizá se consiguiera penetrar en la estancia.

»Sin embargo, poco puedo ayudarle sin saber en concreto el porqué de esta pregunta. Quizás haya otra solución mejor.

—Gracias —exclamó Griko dándole una palmada en el hombro —. Mañana hablaremos de ello; descansen ahora.

—Adiós —dijo Elsa, un tanto extrañada, mirando con una sonrisa en los labios a Sergio.

—¿Qué ha tratado de decir, Sergio? No he entendido el significado del ejemplo y creo que este tal Griko es algo reservado.

—No puede expansionarse, Elsa; apenas nos conoce… hay algo que no marcha bien aquí. Algo que les tiene preocupados y no dan con la solución de ningún modo.

—¿Por qué no lo dijo en presencia de todos? ¿Por qué a mí precisamente?

—Deja ahora eso. Mañana se aclararán muchas cosas.

—Sí, Elsa. Mejor será que descansemos…

Por la ventana se veía el cielo. Este cielo que a todos parece seguir, allá donde uno vaya y donde se encuentre.

De cuando en cuando, en la lejanía, un cometa dejaba tras de sí una cola de oro y se perdía en la atmósfera absorbido por las tinieblas del espacio infinito.

Nadie dormía aquella noche y todos miraban desde sus ventanas aquella ciudad insólita que quizás algún día les haría recordar la suya y añorar en sus pensamientos lo que en tiempos lejanos había sido el promotor de aquella civilización casi extinguida por la incomprensible mente del hombre.

CAPÍTULO II



a esfera paró frente a ellos y el doctor Ciro fue el primero en subir haciéndolo a continuación sus amigos.

Griko se instaló en la cabina. A su derecha iba sentado el Capitán.

La esfera aun con sus cinco metros de diámetro era pequeña para las ocho personas que ubicaban su interior, pero aunque un poco apretados, cada uno se había buscado un sitio adecuado para poder ver con todo detalle la gran obra de Griko.

Éste dio una explicación del mecanismo de la esfera-nave.

—El cerebro electrónico que gobierna estas naves es tan perfecto que sustituye por completo la mano del hombre.

»Vean esos relojes… Cualquier cambio de presión atmosférica o de altura lo señalan; al instante mismo entra en acción el cerebro y en el interior de la esfera no se nota absolutamente nada.

»Hay también unas células solares y otras que las llamamos

células atmosféricas. Estas últimas absorben la humedad del ambiente transformándola en energía. Esto cuando atravesamos un lugar del espacio en el cual no hay luz ni calor.

»Ya se irán dando cuenta de su mecanismo. Ahora verán la ciudad y luego penetraremos en el túnel.

La esfera ascendió verticalmente hasta alcanzar el techo de la cúpula y quedó inmóvil adherida a ella.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. Parece que se haya pegado.

—No lo parece, señor Ciro, sino que se ha pegado. El cerebro actúa de diversas formas y ésta es una de ellas, haciendo actuar los electroimanes…

Griko prosiguió:

—Observen la ciudad… ahora suya.

»Miren aquel edificio. Es el centro deportivo. En él se encuentran toda clase de deportes y espectáculos que puedan existir.

»Consta de cincuenta plantas.

—¡Es de cristal! —exclamaron algunos.

—Sí, pero cristal blindado. Aun empleando una potente bomba no se conseguiría hacer mella en él.

—¿Cristal blindado? —repitió el Capitán como dudando lo que había oído o lo que creyó oír—. Es fantástico. En la Tierra no existe esto.

—Eso he dicho aunque les parezca increíble.

»Ustedes mismos podrán comprobarlo después.

Tengo sumo interés en que vean el interior del túnel y sus instalaciones. Vamos a descender.

La nave entró en el gran orificio. Dentro de su enorme circunferencia parecía un insignificante insecto y eso alteró un poco los nervios de todos.

—¿Nunca ha habido ningún movimiento interno? —preguntó Sergio.

Griko sonrió y sacó de dudas a los confusos visitantes.

—Debo comunicarles que están ustedes en lo que antes fue un planeta.

»¿Ven las paredes del túnel? Ni un macrosismo lograría tan siquiera moverlas y mucho antes de que lo hubiese, los ultrasismógrafos lo delatarían. No hay escape posible.

»Un sistema por infrarrojos hace imposible la entrada en el túnel por el lado opuesto, ya que automáticamente entran en acción los rayos paralizantes que desintegran a la vez todo objeto que se interponga entre ellos.

»Miren esas puertas. Detrás de ellas se encuentra el corazón de nuestro planeta. De él depende nuestra existencia.

»Vamos a entrar.

Todos deseaban hacerlo y no pudieron contener su emoción.

—¡Todo esto es magnífico, señor Griko! —exclamó Cris—. Parece un sueño.

Griko volvió la cabeza y sonrió.

—Celebro que les guste, amigos.

Luego señaló al Capitán un pequeño botón.

—Púlselo, Capitán.

Éste lo oprimió y la puerta de entrada a los laboratorios desapareció hacia arriba.

La nave entró y después se cerró la puerta tras ella.

Griko condujo la nave a la entrada de la sala de controles. Antes de entrar deberían pasar por la prueba de descontaminación. Si sus cuerpos acusaban cualquier pequeña descarga eléctrica sería señal que transportaban encima algunas partículas radiactivas y eso podría alterar aquel complicado mecanismo.

Después de un largo rato todos estaban ya en condiciones de entrar.

Subieron a otra nave, la cual era una plataforma que dejaba al pasajero al descubierto.

Permanecía suspendida en el aire y había en ella diez asientos individuales.

Una vez dentro, Griko les mostró el «corazón» de aquella ciudad que gracias a la longevidad de las vidas de sus habitantes sobresalía ante todos los más modernos adelantos de los otros mundos habitados.

—¡Son hombres robots! Como los que vimos en aquella sala —exclamó Elsa al ver a aquellas criaturas actuando con una exactitud sorprendente.

—Exacto. Hombres-robots con un grado de perfección muy elevado. Hacen las faenas de cualquier ser normal sin el menor esfuerzo.

»Cada uno de ellos puede levantar normalmente quinientos kilos y su trabajo consiste en vigilar todas las máquinas, cosa que hacen sin descanso alguno.

—¿Cómo dejan de funcionar? —preguntó el doctor Ciro.

—Su control está en la sala de pantallas, en el edificio que vieron ustedes los otros robots. Desde allí se dirigen sus movimientos.

Algo despertó la curiosidad de todos y es que a pesar de que aquellos corpulentos hombres de acero se trasladaban de un lugar a otro, todo estaba en silencio y ni el más leve ruido alteraba el silencio reinante.

—Este silencio es impresionante —apuntó Elsa.

Su voz se confundió con la de Griko, que se apresuró a contestar.

—Me imagino que estarán pensando que todo está parado… ¡Sigamos adelante!

Un robot se apartó para dejar pasar.

—Aquí tienen al causante de ello.

»Este cerebro emite ondas las cuales absorben todo ruido que no queremos se oiga y por mediación de células extremadamente sensibles hemos grabado en su interior esos sonidos; éstos quedan seleccionados, haciéndoles perder toda su eficacia en el exterior e imperceptibles, por tanto, a nuestros oídos.

Siguió mostrándoles infinidad de máquinas electrónicas y se detuvo frente a una que parecía ser la más importante de todas.

—En ésta es donde radica nuestro interés, es decir, ésta es el «corazón de la ciudad». Un «corazón» que dejará de latir si no podemos alimentarle adecuadamente.

—¿La butaca de la habitación, señor Griko?

—Exacto, Sergio. Su inteligencia me sorprende.

—No estoy muy seguro de acertar, pero creo que están o estarán en un apuro si no logran conseguir algo que no acierto a comprender aún.

Griko miraba con admiración a Sergio y todos se percataron de ello.

El Capitán interrumpió aquel diálogo que no comprendían ni él ni nadie de los allí presentes, excepto Elsa, que estuvo en la habitación cuando se hizo el comentario.

—¿Pueden hablar más claro? No comprendemos nada en

absoluto. ¿Qué tiene que ver ahora una butaca con esa máquina, Sergio?

—El señor Griko nos explicará su relación —contestó Sergio.

—Creo que es hora de que sepan la verdad: esta máquina está aislada por completo de todas las demás.

»Como todos habrán observado, es imposible que por cualquier causa, sea de la índole que sea, esta sala sufra desperfecto alguno. Las paredes aguantarían, en caso de guerra, los impactos de cualquier explosión por potente que ésta fuera. Tienen diez metros de espesor y están hechas del mismo material que la cúpula que cubre la ciudad; salvo que éste no es transparente y es mucho más grueso.

»Pero todo tiene su punto débil y esta máquina lo tiene también: Criptón es el gas que la mantiene en movimiento.

»De su estado gaseoso lo transforma en líquido y éste pasa a ser sólido, obteniendo así una mayor duración en su consumo.

—¿Cómo consiguen cantidades tan enormes para hacer funcionar esta máquina? Se encuentra en la atmósfera pero en cantidades ínfimas y no podrían subsistir si de ellas dependieran.

—Aquí empieza nuestro problema, Sergio —contestó Griko esperando de antemano la pregunta, y a continuación hizo un pequeño resumen de los anteriores fracasos que sufrieron al intentar proveerse del gas Criptón.

Sergio hizo una pregunta que dejó perplejos a todos:

—¿Cree usted en los espíritus que andan, señor Griko?

—No entiendo, Sergio.

—Creo —dijo el joven— que es el momento de enseñarle nuestro invento. ¿No les parece?

Todos comprendieron y asintieron con la cabeza.

—Tenemos la solución para su problema.

—Le ruego que sea más explícito, Sergio. Estoy impaciente por conocerla.

—Un ejército puede luchar contra otro ejército —prosiguió Sergio—, pero no puede hacerlo si su enemigo está confundido con el aire…

—¿Quiere decir un ejército invisible?

—Exacto. Mire.

El doctor mostró un frasco de aquellas pastillas.

—Una de éstas hará que su máquina tenga el combustible que necesita y sin esfuerzo alguno.

»Su duración es de veinte horas. Tiempo suficiente para enterarse dónde tienen ese gas. Sólo falta el hombre que se preste a llevar a cabo tal misión.

—¿Quién mejor que yo? —insinuó Sergio.

—¿Iría usted?

—¿Por qué no? Estamos metidos en este lío y nos conviene tanto a nosotros como a ustedes. La ciudad nos gusta… y también los que la habitan.

Griko extendió la mano a Sergio y se la estrechó con fuerza.

Los ojos de Elsa se humedecieron. De él dependía a partir de entonces la vida de todos y ella sabía que no retrocedería en su decisión…; una de aquellas vidas era la de ella y esto hacía que su respuesta se hiciese irrevocable.

—Naturalmente había contado contigo, Joel —continuó dirigiéndose a su amigo, el cual esperaba aquella invitación—. No será que digamos una fiesta de esas que organizábamos…

—Lo sé y acepto sin vacilar. Siempre me gustaron las aventuras y nosotros nos entendemos bien desde hace muchos años.

—¿Cuándo debemos partir? —preguntó Sergio impaciente.

—Sé que ya querrían haber terminado esta misión antes de haberla empezado, pero tenemos que ultimar algunos detalles que les serán de vital importancia. No saben nada respecto a ese planeta y no conocen los medios que emplean para rechazar todo intento de invasión.

»Vayamos a la sala de pantallas y les enseñaré algunas cosas que quizá les hagan cambiar de opinión.

Sergio y Joel se miraron algo confusos. Este último respondió ante aquella insinuación un tanto desconsoladora.

—No es muy alentador eso, señor Griko.

—Escuchen: no les ocultaré nada que pueda perjudicarles luego. Quiero que si realizan este viaje sepan de antemano en las condiciones que se encuentran aquellas gentes.

»Si fueran con algún detalle que les hiciera dudar nunca saldrían con bien de allí.

Antes de subir a la plataforma les enseñó el laboratorio.

Al ir a entrar un grito les hizo volver rápidamente.

Elsa trataba en vano de pasar por entremedio de dos robots, los cuales le impedían el paso.

»Sergio creyó que estaba en un apuro y corrió en su ayuda.

—¡Es Elsa! —exclamó el capitán.

—¡Diga a sus robots que se aparten, Griko!

—No hay por qué alarmarse, Sergio. Mis robots la están protegiendo.

—¿Protegiendo?

—Sí. Elsa se habrá asustado al darse de frente con uno de ellos y ha gritado. Gritar cuando uno se asusta significa que algo le ocurre aunque sea de escasa importancia. Mis robots así lo han interpretado y por eso la cubren. Creo que nunca estuvo mejor protegida que ahora.

Sergio suspiró y entonces le hizo gracia el espectáculo.

Elsa pugnaba para salir de entre aquellas paredes de acero consiguiendo tan sólo moverlos algunos milímetros. Los robots seguían inmóviles sin inmutarse ante los golpes que propinaba Elsa en el pecho acorazado de ellos.

—Hábleles en voz baja. Se apartarán. Suavemente…

Se acercó a ellos y musitó una frase al mismo tiempo que hacía un gesto para que dejasen el camino libre.

Los hombres metálicos obedecieron y continuaron su tarea de atender a los controles.

—¡Oh, cariño! ¡Qué susto me han dado!

—¿Qué te ocurrió?

Elsa señaló a uno que estaba de espaldas.

—Tropecé con él y me asusté. Entonces grité y aquel otro se acercó y entre los dos me acorralaron.

—Lo hicieron para protegerte. Griko lo ha dicho.

—Sí, pero lo que consiguieron fue asustarme…

Todos se apresuraron a ir hacia allá y Griko se disculpó por el incidente.

—Lamento lo ocurrido, aunque nunca le hubiesen hecho daño alguno. Estos robots quedan desconectados en cuanto sufren alguna avería que les impulse a hacer daño a alguien o estropear cualquier cosa y solamente actúan cuando hay peligro.

—Y ahora pasemos al laboratorio —continuó—. En él se estaba llevando a cabo la tarea de solidificar un fluido, después de haber

pasado a líquido: Criptón.

Sin interrupción se trabajaba en este gas difícil de hallar y no siempre del todo aprovechable cuando disponían de él. En su metamorfosis se perdía un 40% de sus propiedades. No obstante, el 60% restante era suficiente y no había problema hasta entonces para su adquisición; pero algo había ocurrido entre Griko y el planeta suministrador y los envíos cesaron hasta el punto de que era necesario procurárselo aún a riesgo de perder hombres y naves.

El planeta Criptón —que así había sido bautizado por Griko en tiempos de paz— se enriqueció transportando el fluido a otros planetas y asteroides menos avanzados y que pagaban sumas fabulosas por él. Yanko, emperador de aquel mundo sabía la necesidad que tenía Ariel del gas para sobrevivir cuando agotasen las reservas y pedía a cambio de proporcionárselo su ejército de hombres-metálicos.

Griko nunca accedió a tal propuesta. De haberlo hecho jamás hubieran sido dueños de sí mismos y se habrían tenido que amoldar a las exigencias del joven Emperador.

Las pérdidas a causa de las guerras que se sucedieron entre ambos estaban en el mismo nivel, pero nunca, Griko, había conseguido hacerse con el preciado combustible.

Después de explicar algunos pormenores de todo cuanto acontecía esperó impaciente la respuesta de Sergio.

—¿Qué opina de todo esto, Sergio?

—Creo que será mejor hablar de ello con calma y opino que lo más justo sería ir a la sala de pantallas como dijo hace un momento.

—Bien. Vamos allá.

Subieron a la plataforma y se elevaron para pasar por encima de las máquinas.

Ya en el exterior de la gran sala de controles hicieron el transbordo a la esfera.

—Sé que les hubiera gustado visitar más detalladamente todo, pero es necesario dejar aclarado este asunto cuanto antes; luego les prometo llevarles a donde les plazca y si desean recorrerlo solos les facilitaré una nave para que vean todo el planeta. Daré órdenes para que nadie les moleste y puedan entrar donde les apetezca. Tendrán carta blanca para lo que deseen.

Al pasar la esfera por la ciudad las gentes hacían movimientos

con los brazos y algunos agitaban pañuelos mirando hacia lo alto. En la nave nadie entendía lo que sucedía, excepto Griko que de vez en cuando alzaba su mano.

—¿Qué ocurre, señor Griko? —preguntó Cris.

—Nada que pueda asustarles. Mi pueblo me saluda cada vez que me cruzo entre ellos —comentó, mostrando sencillez en sus palabras.

Griko se había ganado a su pueblo, no sólo con palabras sino con hechos. Hechos que infinidad de veces había demostrado y que sabía que el ser humano sabe agradecer y ayuda a quien se muestra noble y a quien sabe que sus actos son dignos de figurar en la lista de su cariño.

En aquel planeta todos eran igual y se preocupaban todos por el bien de sus semejantes.

La nave se detuvo unos instantes para corresponder al numeroso público que se había agrupado alrededor de la entrada del túnel.

—Ahí donde los ven, entre tanta multitud, hay personas cuya existencia dirían en su planeta que es completamente imposible.

—¿Qué quiere decir? —se apresuró a contestar Sergio.

—La vida, nuestra vida, es prolongadísima en nuestro mundo y es normal aquí hablar con una de esas personas y oír que cuentan ya con sus 150 años…

—¿Oí bien? —exclamó Cris.

—Sí. No deben extrañarse. Nuestros medios de vida son distintos a todos… y digo distintos a todos porque nadie tiene la eterna constancia de hacer día tras día lo que todos; en este mundo vienen haciéndolo desde hace muchos años.

»La sobriedad de sus moradores parece presidir todas las facetas de su vida. Viven o vivimos de la agricultura y de los trabajos liberales que su simplísima vida puede exigir.

»Nuestra alimentación se nutre casi por entero de vegetales, frutas, leche y caza.

»Sorprende ver que la edad de retirada del trabajo de los hombres —pues la mujer nunca trabaja aquí— bordea los cien años y que la vida media del conjunto de los habitantes adultos es de ciento sesenta años. Estos cincuenta o sesenta años los dedican, después de haber servido para otros, a instalar su propio negocio y entonces es de su propio trabajo de lo que viven.

»Los juegos atléticos, el trabajo y ejercicios de caza, son pasatiempos que practican a diario la mayoría.

»Nosotros, qué duda cabe, hemos logrado lo que tantos y tantos seres están persiguiendo sin saber exactamente cómo conseguirlo. Lograr vivir muchos años con salud y alegría, viendo el cambio constante y sorprendente que el hombre imprime a la superficie del Mundo, los descubrimientos de la ciencia, los viajes al cosmos que intrépidos hombres consiguen aun con riesgo de sus vidas; el profundizar en los abismos del mar y desvelar sus secretos, que tantos siglos permanecieron fuera del alcance del hombre; todo esto y miles de cosas más se ofrecen para el goce del hombre de vida puramente contemplativa. Mas aquellos que disfrutan buscándose ellos mismos en el contacto con la Naturaleza, que regocijan su espíritu con la música o se deleitan participando de los placeres que la vida puso al alcance del ser humano, se les ofrece con una juventud prolongada vivir más y mejor. Y no digamos lo que significaría para esos hombres emprendedores cuyo deleite estriba en montar negocios, dirigir empresas, gobernar países, trabajar sin medida porque su satisfacción mayor es ver sus propias creaciones que con sus probos esfuerzos ha logrado. ¡Cuántas vidas de hombres célebres como músicos, médicos, inventores, deportistas, han sido segadas en plenitud aún o en los albores de la vejez, porque, poco a poco, fueron descuidando su propio organismo hasta que llegara de pronto el fallo de un órgano vital!

»Razonando lógicamente, más le valiera al hombre pensar en hallar la manera —igual que la hemos hallado nosotros— de prolongar su corta vida, no con hormonas y fórmulas mágicas; detenerse en averiguar el porqué la vida humana se va acortando día tras día y procurar evitar esta fatal evolución de la especie. Sin embargo, no hay que romper con cuantos logros se obtuvieron tras largos años de búsqueda y callada labor, en los laboratorios de investigación, pero sí se debe ampliar las orientaciones a nuevos caminos y poner en manos de las gentes todos los avances que a tal fin se vayan logrando, por insignificantes que sea.

—Esto es muy interesante, señor Griko —dijo Elsa—. Creo que Ariel empieza ya a serme familiar y hasta parece que pertenezcamos a él.

—¿Cuánto suelen vivir las mujeres?

—Aproximadamente como el sexo masculino.

La nave siguió su marcha entre los comentarios de todos a la explicación de Griko.

Llegaron a la sala en la cual se había instalado un proyector y un operador se disponía a filmar algunas escenas que fueron tomadas meses atrás.

—Siéntense, por favor.

—Antes de empezar —sugirió Griko— les ruego que sigan con atención este film; no sólo lo que vean, sino en especial lo que oigan. Luego darán su opinión acerca de los sonidos que hayan escuchado.

Sólo el débil ruido se percibía en la sala, del proyector, al pasar la cinta.

* * *

Unos 50 minutos duró la proyección y al encender la luz se veían los rostros pensativos de todos.

Después de una corta pausa los comentarios de todos invadieron la estancia. En realidad pocas probabilidades tenían de descifrar aquellos sonidos. Casi todos coincidieron en lo mismo: provenían de un aparato de radar… aunque esta opinión no era la misma que la de Joel y Sergio y su objeción fue diferente a la de los restantes.

Cris fue el primero en dar su parecer:

—Yo creo que el sonido que se oye constantemente es debido a un radiotelescopio gigante; un radiotelescopio de proporciones extraordinarias, no cabe duda.

—Gracias, Cris —contestó Griko prosiguiendo el interrogatorio —. ¿Cuál es su opinión, Capitán?

Éste se levantó despacio y guardó un rato de silencio; luego cruzando los brazos contestó a la pregunta:

—Creo que es difícil opinar con exactitud; pero que se trata también de uno de esos aparatos que Cris ha mencionado. Lo que no consigo entender es por qué de vez en cuando deja de percibirse ese sonido. Actúa de manera intermitente y no se mantiene nunca en sus intervalos un espacio de tiempo igual.

—¿Quiere pasar la cinta de nuevo, Griko? —pidió Sergio.

—Las veces que quiera, Sergio —contestó.

Se volvió a rodar y una vez terminada el joven emitió su opinión.

—¿Cuántas naves se perdieron, señor Griko?

—Treinta y dos. Mandamos cien.

—¿Revisaron las restantes que regresaron?

—No era necesario. Ninguna presentaba señal alguna de desperfecto.

—Me gustaría hacer algunas preguntas a uno de los pilotos que participaron en la contienda. Quizá saquemos algo en claro.

—Como quiera. El operador es uno de ellos.

Sergio se acercó a él y todos guardaron silencio esperando la pregunta.

El muchacho era joven, de unos veintisiete años, y de aspecto corpulento. Sacó un cigarrillo e invitó a Sergio.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Sandro, señor.

—Dime, Sandro: ¿A qué altura atacabais?

—Apenas se puede ver la ciudad debido a la densa niebla que siempre la rodea y aunque yo calculé que estábamos a 300 metros los relojes de altura marcaban el doble aproximadamente.

»Las naves que bajaron más que nosotros ya no regresaron y cada vez que una se ocultaba en la niebla se oía un zumbido como si algo se la tragara.

—¿Era exactamente el mismo sonido que se percibe aquí?

—Sí, pero con mucha más potencia.

—¿Te fijaste si ese sonido cesaba de vez en cuando?

Sandro quedóse unos instantes vacilante y contestó a la pregunta algo dudoso…

—No sabría decírselo con seguridad, aunque creo que el silbido se hacía intermitente cada vez que una de nuestras naves perdía altura.

—Escucha. Es necesario que la pregunta que te voy a hacer la pienses a fondo y contestes con la mayor seguridad, si te es posible… ¿Podrías valuar el número de veces que cesó por unos momentos el sonido? Sé que sería difícil calcular en aquellos instantes esto; pero has dicho hace poco que el sonido era mucho más intenso del que se percibe en esta película y por lo tanto se notaría cada vez que cesara.

—No sé, señor… Quizá 15 o tal vez 20 veces, pero no se lo puedo asegurar. Era difícil estar por todo en aquel momento… Lo siento.

—Gracias, Sandro; es suficiente.

El Capitán se levantó y se dirigió a Joel.

—¿Entendiste algo, Joel? —preguntó.

—Creo que sí, Capitán, pero ahora nos sacará de dudas Sergio.

—¿Y bien?… —preguntó Griko, que había estado escuchando ansioso todo el diálogo.

—Hay algo que no consigo entender aún… Según Sandro la altura que a él le pareció estar era de 300 metros y sin embargo, los relojes de control marcaban 600. Sólo un motivo puede hacer cambiar el funcionamiento de una brújula y ha sido éste el mismo que alteró también los controles de nuestra nave hace 8 años-luz, pero aquél fue casual y el suyo ha sido hecho adrede.

—Continúe, Sergio —exclamó Griko impaciente.

—El aerolito que afectó nuestros mandos estaba cargado de Radio y su radioactividad actuó en forma de imán, haciendo oscilar unos grados las agujas; lo suficiente como para habernos perdido en el Espacio.

»No pudimos prever este fallo así como tampoco han encontrado ustedes el motivo de tal variación.

»Es decir: nos hallamos frente a un arma potente; muy potente, capaz de arrastrar hacia sí cualquier objeto metálico y destruirlo con su choque inevitable contra sus fauces.

»Pero antes de seguir quisiera examinar esas naves.

—Está bien. ¡Ojalá acierte en sus cálculos!

—Un momento —sugirió Joel—. Creo que necesitaremos algo más que examinarlas.

—¿Qué, Joel?

Dio una ojeada a la sala y después se dirigió a Griko.

—Necesitaremos algunas láminas de acero o de otro metal. Probaremos con todo.

—Cierto —apoyó Sergio.

Griko se apresuró a proporcionárselas.

—¿Les sirven éstas? —dijo mostrando unas finísimas láminas, parecidas a hojas de afeitar.

—Sí. Llevaremos unas cuantas.

—¿Dónde están sus naves, señor Griko?

—Síganme.

Salieron al pasillo y entraron en una habitación de unos diez metros cuadrados.

Se cerraron las puertas y el piso empezó a descender rápidamente.

Bajaron quince o veinte plantas y el gigantesco ascensor paró con suavidad sin apenas notarlo sus ocupantes.

—Bien; hemos llegado.

La puerta se abrió automáticamente. Al salir se encontraron frente a un número enorme de pequeños vehículos espaciales.

Cris dio un silbido de asombro ante aquel espectáculo. Muy por encima calculó que allí habrían unas 500 de aquellas naves.

—Veo que ha quedado sorprendido —observó Griko ante la reacción de él.

—No hay para menos, señor Griko.

—¿Cuántas hay? Esto parece un hormiguero.

—Esto es tan sólo una parte. Tenemos por toda la ciudad salas subterráneas como ésta.

»Aquí hay 450 aparatos. La mayoría de ellos aún no han volado. Hace tan sólo un mes que fueron fabricados.

Luego señaló a otros vehículos apartados de todos.

—Éstos son los que tomaron parte en la última batalla. Están a su disposición.

—¿Cuál es la que tú llevabas, Sandro?

—Ésta, señor…

—El aparato de Criptón ha dejado de ser una incógnita. Miren.

Sergio había colocado aquellas finas láminas de acero a unos centímetros de la nave y éstas atraídas como por un imán se habían adherido a ella.

—Mira, Sergio —explicó Joel que también había hecho la misma operación—, en las partes bajas de la nave el magnetismo es más fuerte y casi no puedo arrancar las láminas.

Griko, el Capitán y todos, quedaron mudos de asombro. Los dos habían descubierto algo que a partir de entonces les permitiría actuar con más ventaja sobre Yanko.

—Estas naves estarán magnetizadas largo tiempo —afirmó

Sergio mostrando las finísimas hojas que se habían pegado unas a otras—. Al contacto con la nave se han magnetizado igual que ella.

—Esto no es problema, Sergio. Dentro de poco las desmagnetizaremos.

»Lo importante es no caer en el mismo error una vez en los dominios de Yanko.

—No caeremos, se lo aseguro —respondió Joel—, porque no será nuestra nave la que tome posición en Criptón. Eso significaría un nuevo fracaso… Explícales tú, Sergio. Siempre fuiste mejor orador que yo.

—Gracias, Joel. Escuchen: la idea es un tanto arriesgada, pero no hay mejor alternativa. Vamos a tener una nave-satélite girando alrededor de Criptón. Desde luego, lo bastante alejada para que no puedan destruirla, pero lo más cerca posible para que podamos alcanzarla nosotros.

—No entiendo, Sergio.

En la pared Sergio trazó un plano imaginario de la posición de Ariel y Criptón.

—Observen: éste es nuestro plan.

* * *

Después del plan sugerido por Sergio y Joel, visitaron detenidamente todas las instalaciones, mientras Sergio iba haciendo comentarios acerca del viaje.

—¿Cuándo debemos partir, señor Griko?

—Cuanto antes, pero pasarán unos días antes no se efectúen los preparativos. Hay un detalle que quiero perfeccionar y esto llevará a mis técnicos seis o siete días.

—¿Algo que tengamos que llevarlo encima? —preguntó Joel entrando en una de las naves.

—Sí. He pensado disminuir su tamaño a escala tan reducida que podáis llevarlo como un reloj; pero esto es bastante difícil y tenemos que estudiarlo aunque puedo asegurarles el éxito.

»Se encontrarían en Criptón como aquí, con el inconveniente del idioma y llamarían mucho la atención si llevaran esto.

Griko señaló el aparato que traducía el pensamiento en palabras.

—Es necesario que conozcáis su ciudad; luego os mostraré un

mapa de ella y retendréis en la memoria el nombre de los lugares de mayor importancia.

»No quiero que haya ningún fallo. Esta vez significaría tener que emigrar de aquí y Yanko lo aprovecharía para destruimos.

»Todas nuestras fuerzas están en las máquinas que vieron en el túnel.

La fecha había sido fijada para dentro de diez días y durante ese tiempo Sergio y Joel procurarían pasarlo lo mejor posible.

—Ahora comprendo que quieran estar solos —insinuó Griko dirigiéndose a Sergio y Elsa, y prosiguió apagando un poco de su voz—: Ha sido un día bastante duro; no han tenido un momento para hablar de sus cosas y creo que no van a saber por dónde empezar…

—Eso carece de importancia, señor Griko. Era necesario dejar en claro todos esos puntos; de ellos dependen el que podamos hablar de «nuestras cosas»…

—Tengan. Lleven esto encima. Si encuentran algún impedimento muéstrenlo y les dejarán tranquilos.

—¿Qué es? —exclamó Elsa observando aquella placa de plástico, que para ella se le antojaba de otro material.

—Digamos que es una especie de llave que abre todas las puertas de la ciudad. Sólo la llevan los que gozan de mi absoluta confianza… ustedes se la merecen.

Repartió una a cada uno para el acceso a donde se les antojara y a partir de entonces todos cuantos gastos hicieran estaban ya sufragados de antemano.

—Bien, doctor. ¿Le parece bien que hagamos una visita a nuestros compañeros? Estarán impacientes por saber de nosotros.

—Buena idea, Capitán. Vamos.

Joel también actuó por su cuenta.

—Bueno… hasta luego. Voy a conocer la ciudad hasta su último rincón. Avisad si me necesitáis.

—Desde luego —contestó Sergio.

—Hasta luego. ¿Vienes, Cris?

—¿Eh? Sí, mejor será que vayamos juntos. No me gusta ir solo.

En pocos segundos quedáronse solos Sergio y Elsa. Griko se dirigió hacia el ascensor e hizo un gesto con la mano despidiéndose de ellos.

Sergio miró entonces de una manera insinuante a Elsa.

—¿Qué miras?

—A ti —contestó con una sonrisa.

—¿Has descubierto algo nuevo en mí?

—Sí.

—¿Qué?… —preguntó Elsa acercando sus labios.

—Ya no eres la misma mujer que conocí en la Luna, cuando tratabas de colocarte desesperadamente la escafandra. Aquella muchacha asustadiza se ha convertido en una señora de temple que sabe lo que quiere.

—No hables así. Parece que hayan pasado ya muchos años…

—Ocho —exclamó Sergio cogiendo a su compañera por el brazo y dirigiéndose hacia la salida.

—Primero iremos al edificio de los deportes.

—De acuerdo. ¿Recuerdas por dónde está?

Elsa no contestó. Sus pupilas se humedecieron y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Su pensamiento estaba muy lejos de las palabras de Sergio.

—¡Estás llorando!… Vamos, vamos… ¿Cuántas cosas pasan por tu cabeza?

—Perdona, pero será mejor que vayamos a un sitio tranquilo.

La nítida luz del día expiraba ya y las tenues sombras invadían lentamente la ciudad, haciendo de los objetos raras figuras fantasmagóricas, que se alargaban a medida que las sombras iban completando la oscuridad.

El lugar era acogedor, tranquilo, silencioso y sólo de vez en cuando turbaba aquel silencio el taconeo de alguien que se retiraba a descansar.

—Sergio. ¿Qué habrá sido de nuestro planeta? ¿Habrán quedado supervivientes?

—No debes pensar en eso ahora —contestó Sergio tratando de cambiar la conversación.

—¿Habrá supervivientes? —insistió.

—No sé. En ocho años han podido suceder muchas cosas. ¿Quién puede asegurar que haya aún vida o que no la haya? La lluvia radiactiva avanzaba de una manera espantosa y el número de víctimas era segundo a segundo mayor. Tú lo sabes mejor que yo. Sabes también que tuvimos que partir con urgencia… Pero…

¿Cómo te ha venido ahora eso a la memoria?

—Tu viaje, Sergio. Temo perderte igual que perdí en la Tierra a los míos y esta vez no lo resistiría. Eso es lo que me ha hecho recordar.

—Escucha: sé que no es fácil lo que vamos a hacer, pero disponemos de un arma que ni el mismo Yanko cuenta. Un arma que acabará por enloquecerlo y nos llevará al triunfo si nos vemos en la necesidad de utilizarla.

—Entiendo, pero a pesar de ello tengo miedo.

—Debes tener confianza. No partiré sabiendo que temes que no regresaré… regresaremos los dos.

—Te esperaré. Cuando la cabeza dicta una cosa y el corazón dicta otra, la cabeza siempre pierde, y el corazón me dice que volverás.

—Pues claro que sí, y pronto. Te lo aseguro.

Sergio miró el reloj.

—Es tarde ya. Debemos irnos.

Sergio introdujo la mano en el bolsillo con intención de sacar unas monedas sin recordar que estaban en otro planeta y entre ellas sacó la placa de plástico que momentos antes le diera Griko.

—No pensaba en esto —exclamó mostrándosela al camarero, que con una simple ojeada adivinó lo que era. Luego asintió con la cabeza inclinándola con una reverencia al mismo tiempo que pronunciaba unas palabras indescifrables para ellos.

Sergio le ofreció unos cigarrillos que el camarero no aceptó.

Aceptar algo de un protegido de su Emperador era para ellos como hacer un favor y cobrarlo después. Era como desobedecerle.

Sergio comprendió su actitud e insistió, dejando la cajetilla en la mesa. Le dio una palmada en el hombro y se despidieron.

Aquel hombre acentuó entonces su reverencia y una sonrisa de satisfacción hizo comprender a los dos su agradecimiento.

Salieron y se quedaron un momento contemplando la ciudad.

No todos dormían. Los coches patrullas deambulaban por ella una vez estaba en silencio.

Como en todas las ciudades siempre había quien trasnochaba y se retiraba armando algún pequeño alboroto, que la patrulla lo solucionaba conduciéndolo a su casa.

—¿Qué son esos coches, Sergio?

—Deben ser coches patrullas. Los he visto en otros sitios.

—Creí que aquí no habría policía —dijo Elsa con cara de asombro.

—En cualquier lugar donde haya gente siempre ha de haber alguien que vele por ella. No vigilan, digamos, a unos juerguistas que armen un posible escándalo o a algún hombre que haya bebido más de la cuenta. No vigilan a éstos únicamente. En esta época, en que para ir de un planeta a otro se tarda tan sólo horas, se ha de vigilar también la presencia de un posible intruso.

Siguieron andando y charlando muy animados.

—Olvidemos estos días las preocupaciones, Elsa. ¿Me lo prometes?

—Prometido —contestó ella cogiéndose aún más fuerte del brazo.

Los días se sucedieron rápidos; más rápidos de lo que ellos querían.

Elsa, Sergio, Joel y Cris se encontraban en la terraza del edificio de la sala de pantallas observando el espacio y ultimando las cosas.

Elsa miraba en aquel momento por el pequeño telescopio, pero de gran alcance. Lo tenía enfocado hacia el planeta Criptón, situado a seiscientos millones de kilómetros de Ariel.

Sobre una mesa, Joel trazaba en un plano los últimos detalles.

—¿Cuánto crees que tardaréis en llegar a Criptón, Sergio? —preguntó Cris.

—Unos dos días. Nos conviene, durante el viaje, ir pensando algunas cosas y por esta razón la velocidad la mantendremos en un promedio no muy rápido.

—¿Cuánto partiréis?

—Hoy. Dentro de unas horas.

Elsa se unió a ellos después de estar largo rato mirando el planeta de Yanko.

—¿Qué te ocurre, Elsa?

Sergio la conocía demasiado bien y no era necesario que ella le dijese que algo le preocupaba.

Joel apoyado en la mesa volvió la cabeza al mismo tiempo que Cris.

—¿Qué ocurre?

—Nada, pero… ¿Habéis visto bien ese planeta? Se diría que no

hay vestigios de vida en él. Está completamente rodeado de niebla y no se distingue nada.

Joel trató de tranquilizarla añadiendo:

—Es debido a la distancia, Elsa. Recuerda que en la película que vimos, además del sonido de radar-imán se distinguía también algún movimiento; no podemos precisar qué clase de movimiento pero sí asegurar que el aparato en cuestión es el que hemos mencionado. No obstante Griko sabe que aquél es el planeta de Yanko.

—Lo sé. Sólo di mi opinión.

—Todo saldrá bien. No hay por qué preocuparse.

—Mira —siguió Sergio mostrándole el plano de la ciudad de Criptón en el cual ya estaban trazados todos los puntos factibles en los que podían actuar—. Éste será nuestro primer objetivo —continuó señalando un punto determinado del mapa.

—¿Y el radar-imán?

—Eso es lo último que trataremos de destruir; antes conviene hacernos con la fórmula del gas para fabricárnoslo nosotros sin necesidad de sacarlo del aire.

—¿Y Yanko?

—No le ocurrirá nada si las cosas marchan bien. Sí todo sale según nuestros planes nunca sabrán qué ha ocurrido en Criptón y alguien cargará con las culpas. Entonces nuestra misión será destruir el imán haciéndolo de manera que parezca un accidente; de no ser así jamás podríamos escapar con vida. Cuando se den cuenta de todo o tengan una ligera noción de lo que ha pasado, estaremos ya demasiado lejos para temer nada.

—Si sospecharan algo y descubrieran la «jugada», ¿qué pasaría, Sergio?

—Tú misma lo verás si así sucede. No tardaríamos en tener su visita.

Desde la torre instalada en lo alto de la cúpula les hicieron señales para que bajaran al piso inferior.

Griko y cuatro hombres especializados en vuelos espaciales les estaban aguardando con un equipo completo de vuelo. También estaban el doctor Ciro y el Capitán.

Sobre la mesa estaban los trajes antiradiactivos y dos reactores de fácil manejo que se colocarían en la espalda, pudiendo así

trasladarse de un lugar a otro con suma facilidad y rapidez.

Griko se dirigió a los dos hombres que deberían llevar a cabo la delicada misión.

Dijo:

—Bien, amigos, creo que ha llegado el momento decisivo. No tengo que decirles que desde el momento en que emprendan este viaje, todos los que aquí nos quedamos, todos, deberán la vida a ustedes y que esas vidas dependerán exclusivamente del éxito o del fracaso… aunque no deberán considerar nunca fracaso a una misión que realizan dos hombres cuando han fracasado ya centenares de ellos. Es una meta difícil, muy difícil (de qué serviría mentir en estos momentos supremos), pero he puesto toda mi confianza en los dos y tengo la esperanza de que llevarán a buen fin esta misión. Por lo tanto no diremos adiós, sino hasta siempre… o mejor… hasta pronto.

Hubo un momento de silencio y todas las miradas coincidieron en Joel y Sergio. Miradas de admiración a dos hombres que en un momento tan decisivo para la vida de muchas gentes y para la de ellos propia se mantenían firmes y seguros de sí mismos.

—Y ahora —prosiguió Griko— mis técnicos les enseñarán hasta el mínimo detalle algunas cosas que deben saber bien.

* * *

Poco menos de una hora faltaba para partir.

Elsa y Sergio se encontraban en su habitación. Él, sentado en la micro-biblioteca repasaba algunas notas escritas con anterioridad.

Elsa le sirvió una taza de té.

—¿Qué lees?

—Mira.

Se sentó recostando la cabeza en su hombro.

Lo que ojeaba Sergio eran hechos acontecidos en la nave que años atrás partiera de la Tierra. Un breve informe de todo cuanto había acaecido durante aquellos años, desde que partieron de su planeta natal hasta que llegaron a Ariel.

—Complétalo tú, Elsa, a tu manera —pidió acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

—Parece que sucede algo fuera —comentó Elsa levantándose y

dirigiéndose a la ventana.

Efectivamente, algo sucedía, pero no lo que se pensaban. Toda la ciudad se había enterado ya de aquel viaje y todos, sin excepción se habían concentrado allí para rendir un tributo de admiración a quienes veían como sus salvadores en aquellas horas tan críticas.

Escasos minutos faltaban. Llamaron a la puerta y momentos después la habitación se llenaba de gente que quería ver a Sergio y Joel.

Salieron al pasillo y todos les siguieron.

Joel venía ya equipado y dispuesto para la marcha.

—¿Estás listo?

—Sí, vamos.

Elsa se colocó en medio de los dos, cogida del brazo de ambos.

—¿Vamos?

Los dos la miraron con una sonrisa y anduvieron hacia la salida.

Una gran multitud les estaba aguardando y no pudieron contener su emoción.

Se abrieron paso a través del numeroso público y llegaren a la nave que les conduciría a su meta.

Allí estaban el Capitán, el Doctor, Griko y todos los amigos que más roce habían tenido durante el viaje.

El Capitán se adelantó alargando las manos a ambos.

—No sé qué deciros… —Pensó unos instantes y prosiguió—: Os deseo… en fin… mucha suerte.

Todos se adelantaron a la vez, rodeando a los tres.

—¿Lo lleváis todo? —preguntó el Doctor mostrando un pequeño frasco de color azulado—. Recordad. Empleadlas en el último instante y si tenéis necesidad de repetir recordad también que debéis dejar pasar un mínimo de dos horas por lo menos. Suerte, amigos.

Griko estrechó las manos de ambos y dos breves palabras salieron de sus labios:

—Os esperamos. Hay muchas cosas aún de las que debemos hablar.

—Cuide de ella como si fuera su propia hija, Griko —exclamó Sergio después de despedirse de Elsa.

—Lo haré, Sergio, te lo prometo. Tendrá cuanto quiera. Desde ahora la considero como dueña de todo el planeta.

CAPÍTULO III



or enésima vez Elsa miraba el diario que le dejara Sergio antes de partir.

Miraba sin tan siquiera leer. Sólo el contacto con aquellas páginas le hacía estar más cerca de él.

Su sexto sentido le hizo prever la llegada de Sergio y por instinto fue hacia la ventana.

Su mirada, fija y penetrante, observaba el firmamento con la esperanza que su obsesión aprontaría el regreso.

Una voz acusada ya por el tiempo le desmoronó sus ideas.

—¡Eh! ¡Elsa! —llamó desde fuera—. ¡Traigo buenas noticias! ¡Vamos, abre!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¿Qué ocurre, Capitán?

—No me llames Capitán; sabes que no me gusta…

—Está bien, Capitán… digo, Edmund. ¿Tienen noticias de Sergio y Joel?

—Sí. Hemos captado unas señales de su nave.

—¿A qué distancia se encuentran? —exclamó Elsa con un nerviosismo que no pudo dominar.

—A unas 500 mil millas. Están bien y traen consigo los planos. Creo que algo les impide acelerar la marcha. Quizá hayan tenido algún tropiezo con uno de tantos aerolitos, pero no tienes por qué preocuparte; llegarán bien.

Aquellas últimas palabras la tranquilizaron y su rostro recobró el aspecto afable natural en ella. Sus ojos verdes se humedecieron para dejar escapar unas lágrimas de emoción.

Edmund no dijo nada en aquel momento. Aguardó un instante y cortó aquella situación difícil.

—Vamos, Elsa; en el observatorio nos informaremos de todo detalladamente.

—Sí, vamos —contestó con una ligera sonrisa y prosiguió—: Las mujeres siempre estamos dispuestas para llorar.

Edmund asintió sonriendo.

El ascensor les condujo al piso superior, el último del edificio y directamente al salir de él se encontraban en el observatorio.

—Buenos días.

—Buenos días, Elsa. Señor Edmund… —saludó Griko invitando a que mirasen por el pequeño telescopio.

Lindante a éste había un espectroscopio de tamaño similar en el cual estudiaban sin descanso, recogiendo datos de la interminable ciencia astrofísica.

—Mire —dijo Griko—, este diminuto punto son nuestros amigos. Es probable que tarden algunas horas en alcanzar el cielo de Ariel. Creo que el señor Edmund le habrá puesto al corriente… No tiene por qué preocuparse; están bien y son buenos astronautas. Confíe en ellos.

—Mi confianza es absoluta; tienen que llegar —contestó Elsa sin dejar de mirar un instante.

Mientras tanto…

En la nave sus tripulantes trataban de acelerar la marcha.

—Volamos a 20 mil kilómetros por hora. A esta velocidad tardaremos horas en llegar…

—Demasiadas horas —repuso Joel—. Comunicaremos con Ariel para que salgan a nuestro encuentro.

Minutos después de recibir la llamada tres naves de escolta se

encontraban al lado de ellos.

Efectuaron el transbordo y aceleraron la marcha.

La barrera del sonido fue traspasada centenares de veces y ya en el cielo de Ariel, (como dijera Griko) la cúpula se abriría para dejar paso a sus héroes.

La llegada fue apoteósica. La ciudad aplaudía sin cesar hasta que las manos apenas acusaban las palmadas.

Las naves describieron un círculo y pararon una junto a la otra.

Primero salió Joel. Con Elsa estaba Edmund y Ciro. Habían sido sus amigos inseparables… sus padres.

Luego salió Sergio y Elsa se adelantó unos pasos.

Un silencio sobrecogedor invadió la ciudad. Sin pronunciar palabra Sergio la abrazó con fuerza.

La multitud, callada, iba abriendo paso hasta que alcanzaron la entrada del edificio.

Griko se acercó a ellos y estrechó con fuerza sus manos.

—Mi enhorabuena en nombre de toda la ciudad y en el mío propio. Sabía que lo lograríais.

—Gracias, señor Griko.

Todos se unieron al grupo.

Se dirigieron al laboratorio y Sergio entregó los planos a Griko.

—Creo que no falta nada; nos aseguramos bien…

Griko los repasó detenidamente y una sonrisa se reflejó en su rostro.

—Están todos. Bueno trabajo, amigos.

—En verdad no fue muy difícil —exclamó Sergio.

—Creo que mañana explicaréis con más detalle todo…

Todos comprendieron y la estancia fue desalojándose.

—Hasta mañana, Joel —dijo Sergio—. Nos hemos ganado un buen descanso.

—Desde luego. Hasta mañana. Adiós, Elsa —saludó Joel levantando el brazo.

Corto fue el diálogo entre Elsa y Sergio. No exteriorizaron su emoción y en su habitación un beso selló toda palabra.

Durante la noche algo turbaba el sueño de Sergio; un sueño inquieto que despertó a Elsa.

Pronunció unas palabras casi imperceptibles, pero Elsa vislumbró en ellas algo de lo que quizás en Criptón les ocurriera…

Su imaginación trabajaba tratando de averiguar la verdad; una verdad que él le ocultaría para no dañar los sentimientos de ella.

Volvió a calmarse y el sueño fue más profundo.

Al día siguiente Elsa se insinuó.

—¿Qué soñaste esta noche? Estabas muy inquieto; nunca te había ocurrido hasta ahora…

—No recuerdo. Los sueños no se pueden evitar.

—Dime, ¿os ocurrió algún trastorno en aquel planeta?

—Escucha.

* * *

Sergio le contó su odisea en el planeta de Yanko; toda menos una página de la narración; una página que quemó en su mente y siempre que hablasen de aquel tema quedarían los hechos incompletos… Así era mejor.

Elsa le conocía bien y sabía que algo dejaba de contar, pero calló. Algún día él se lo diría. Era todo muy reciente y hay cosas de las cuales un hombre prefiere ocultar aunque hagan mella en su corazón.

Varios días habían transcurrido desde su regreso.

Todo iba bien hasta que una mañana en que Sergio, el Doctor y Joel estaban comentando acerca de las pastillas para la invisibilidad, recibieron una llamada de la sala de pantallas…

—¡Atención! ¡Os habla Griko! Vengan a la sala de pantallas.

Momentos después todos se reunieron allí.

—Pasen —dijo Griko—. Miren en la pantalla.

Joel fue el primero en mirar.

—Parece Criptón.

Lo es. La niebla que había no era otra cosa que el producto de unas máquinas condensadoras. La hacen a voluntad y algo traman cuando la han disipado. He dado órdenes para que estén vigilados todos los puntos del firmamento. Es prácticamente imposible que nos sorprendan. Los robots están preparados para caso de emergencia.

—¿Cree que atacarán? —preguntó Joel.

—Todo es posible. Después de todo han recibido un rudo golpe y Yanko no es hombre que sepa perder. Su dignidad está por encima

de todo.

—¿Cuánto hace desde que la niebla empezó a desaparecer? —preguntó Sergio.

—Tan sólo unos 15 minutos. Cuando les llamé empezaba a resolverse en vapores. ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad. No veo la razón a no ser que les perjudique a ellos la niebla cuando han de atravesarla.

—Nosotros pasamos a través de ella y no nos afectó —comentó Joel.

—¿Puede la constitución física de ellos —dijo Edmund señalando a Sergio y Joel— ser motivo de que no les perjudicara, doctor Ciro?

—Desde luego. No olvidéis que pertenecemos a otro sistema planetario, por tanto nuestro organismo puede aguantar la niebla y para ellos actuar como un gas deletéreo.

—¿Respirabais sin dificultad en Criptón…? Claro está, sin el respiradero.

Joel quedó un instante pensativo igual que Sergio.

—¡Es cierto! —contestó éste—. Teníamos que respirar más hondo.

—Sí —continuó Joel—. Parecía que a la atmósfera le faltaba algo; no era lo suficiente densa como aquí o como en la Tierra.

—Es decir —prosiguió Ciro—, según su teoría le faltaba oxígeno.

—Puede ser… Sí, eso era.

—Y de ahí se desprende el hecho del por qué quitan esa barrera… Es demasiado compacta para sus pulmones.

—Pero Yanko y Herme la pasaron sin acusar el más ligero desmayo, aunque… su nave tenía la atmósfera perfectamente graduada.

—Creo que está bien claro —exclamó Griko—. Escuchen ahora: Tenemos que estar preparados para un posible ataque por sorpresa. A partir de este momento todos llevarán sus armas preparadas y hasta nueva orden nadie saldrá de la cúpula sin una autorización mía.

Aquellas palabras fueron escuchadas por toda la ciudad. Los altavoces habían permanecido abiertos para oír las órdenes de Griko.

Accionó una clavija y cortó toda comunicación con el exterior.

Luego se dirigió a todos los presentes.

—Ustedes quedan exceptuados de estas órdenes, pero recuerden que en ningún caso deben quitarse el cinturón antigravitatorio, fuera de la cúpula.

Sergio pensó que en aquellos momentos en que quizá peligraba la existencia de aquel planeta y de todos los suyos, era el instante decisivo para dar a conocer el secreto que tantos días había guardado.

De acuerdo con el Doctor y el Capitán dio a Griko su confianza.

—En primer lugar debo decirle que deseche toda idea de desconfianza —empezó.

—No entiendo. ¿A qué viene eso, Sergio?

—A un arma que descubrió el doctor Ciro, antes de que nuestra nave tomase posición en Ariel.

—Nosotros denominamos esa arma «Plan I».

—¿Qué significa I?

—Invisibilidad.

—No querrá decir que…

—Sí. La hemos hecho en forma de pastillas y su duración es de veinte horas.

—¿Puede uno permanecer ese tiempo en estado invisible?

—Exactamente —contestó Ciro sacando uno de aquellos frascos.

—No ha sido desconfianza el que no hayamos dado a conocer el secreto, pero no convenía que la noticia se propagara.

—Incluso entre nuestros amigos (y me refiero, claro está, a los habitantes de este planeta), puede haber un traidor y conociendo el secreto de este poder, el daño que podría hacernos sería ilimitado si consiguiera hacerse con una sola de estas pequeñas pastillas y no les sería muy difícil fabricarlas conociendo la composición de ellas. Debe guardarse como secreto militar y se usará en el último extremo: en caso de vida o muerte.

Dieron a conocer a Griko las otras pastillas y le pusieron al corriente de sus efectos y la forma de tomarlas.

—¿Podríamos hacer la prueba? —preguntó.

—Será Cris quien la haga.

—¿Me llamaban? —preguntó Cris, que en aquel momento entraba en la estancia—. Oí mi nombre.

—Escucha bien, Cris. Vas a probar el plan «I».

—¡Vaya! —exclamó—. Eso me gusta.

—Toma. Recuerda sus efectos…

—Lo sé; no me vendrá de nuevo.

—Y ahora observe con atención, señor Griko.

Cris experimentó una extraña sensación. Por un momento le pareció que la sangre se le helaba en las venas y en unos segundos su cuerpo se desvanecía ante la mirada de todos y la del asustado y ahora asombrado Griko.

No había ser mortal en el Universo capaz de ver fríamente aquel fenómeno, distinto a todo lo conocido.

—¿Te sientes bien? —preguntó Sergio.

—Por completo. ¡Esto es maravilloso!

—Quítate la ropa. El efecto será completo —objetó el doctor.

—¡Por favor, doctor! ¿Delante de ustedes?

—¿Crees que vamos a verte?

—Mira tus manos. ¿Dónde las tienes?

Cris extendió los brazos y comprobó la realidad.

—¡Eh! ¡No tengo manos! ¡Soy invisible!

Una a una fue despojándose de sus ropas.

—¿Dónde estás?

—Aquí, doctor.

Cris le cogió la mano.

—¡Esto es increíble! —exclamó Griko avanzando unos pasos hacia él.

—Vamos, señor Griko; puede tocarme. Estoy aquí.

Su mano se posó en el hombro desnudo de Cris.

—Qué extraña sensación…

—¿Usaron estas pastillas en Criptón?

—No nos fue posible —contestó Joel—. Recuerde que el cuerpo es invisible pero no los objetos que se cojan…

—Entiendo. Si hubieran visto unos papeles andar solos todo se habría perdido —afirmó Griko.

—Exacto.

—Coge algo. Cris —continuó Joel.

La chaqueta a los ojos de todos recobró vida y Griko retrocedió unos pasos aun sabiendo que era Cris quien la llevaba.

—Cuesta acostumbrarse a un invento semejante. ¿Verdad, señor Griko?

—Desde luego. Es para desconcertar al enemigo más fuerte.

—Es un arma con la que Yanko no cuenta.

—¿Cuántas de esas pastillas tienen?

—Disponemos de unas 50, pero podemos, a partir de ahora, fabricar en cantidad suficiente.

—¿Está dispuesto, doctor?

—Cuando quiera podemos empezar.

—Vístete, Cris, y toma el antídoto.

A la vista del extrañado Griko tomó forma volviendo a su estado primitivo.

Oprimió un botón conectado con el laboratorio y en el idioma de Ariel habló con el departamento químico.

—Síganle —les indicó cuando uno de los químicos se personó allí—. Le he dicho que se coloque un traductor; podrán entenderse en su propio idioma. Dentro de un instante se les facilitará uno a ustedes.

En la pantalla, varios de los botones se encendieron y apagaron repetidas veces, emitiendo en cada intermitencia un débil sonido.

—¡Sala de pantallas! —dijo Griko cogiendo un pequeño micrófono—. ¿Qué sucede?

De la torre de control instalada en lo alto de la cúpula habló el interlocutor:

—¡Señor, el radar acusa la presencia de un objeto que no podemos identificar con precisión… aunque parece una astronave!

—¿A qué distancia se encuentra?

—Setecientas mil millas.

—Esperen hasta poder identificarla y comuniquen conmigo inmediatamente.

—Corto.

—¿Algo de importancia? —preguntó Sergio.

—Comunicaré con el observatorio. La torre de control ignora de qué nave se trata.

Descolgó el micrófono y conectó un altavoz para que todos oyesen la conversación.

—Aquí Griko. Denme noticias del objeto que se aproxima.

—Es una espacio-nave de Criptón, señor, pero no se dirige hacia aquí; se está desviando de su ruta.

—Estén alerta. Quizás haga un pequeño rodeo para

desorientarnos.

—Descuide, señor…

Griko señaló con el dedo a Sergio e imitó una sonrisa.

—Ahí tenemos su réplica, amigos; creo que desde ahora no vamos a dormir tranquilos en unos días.

—¿Qué pretenderán mandando solo una de sus naves? —preguntó Joel.

—Quizá quieran llegar a un acuerdo; un acuerdo en el que, naturalmente, sean ellos los que se beneficien…

—Los robots a cambio de no molestamos. ¿No es eso, señor Griko? —comentó el Capitán.

—Eso me imagino y el cambio no me satisface en absoluto.

En el observatorio y en la cabina de control se seguía hasta el más mínimo detalle la trayectoria de la nave de Criptón.

Ésta fue describiendo un círculo parabólico alrededor de Ariel.

—Torre de control —se oyó a través del receptor.

—Hable —exclamó Griko.

—La nave pide permiso para descender.

—Que tomen posición en la parte norte de la ciudad, frente al observatorio.

—Entendido, señor.

Griko dio vuelta a un pequeño volante situado al lado de la pantalla; estaba numerado del uno al quinientos, cada uno de cuyos números correspondía a un robot.

Inmediatamente diez de aquellas criaturas de acero partían veloces hacia el lugar donde se había posado la espacio-nave de Yanko, guiados por su cerebro electrónico y dispuestos para descargar sus mortíferos rayos de gravedad.

En la pantalla se reflejó el lugar de emplazamiento de la nave. En el instante del descenso los robots se dispusieron a rodearla haciendo imposible cualquier intento.

Instantes después Griko, Sergio y Joel descendían de otra nave y también Edmund con tres de los guardianes de Griko.

Dos emisarios de Yanko descendieron del aparato; otro se quedó dentro.

Saludaron como su alto rango de Emperador merecía y empezaron a dialogar.

Nada hacía suponer que aquella entrevista había de tener

funestos resultados; la brevedad con que se llevó a cabo dio que pensar a todos, que hasta entonces habían guardado un silencio absoluto.

La espacio-nave se elevó con la velocidad de un rayo; minutos después se perdía de la vista de todos.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó Sergio—. Esta gente no parece dispuesta a dar su brazo a torcer…

—Esperar, pero mientras estaremos prevenidos. De momento varios de mis robots vigilarán las selvas y la ciudad. Su cerebro-radar nos comunicará cualquier intento de ataque. Ahora pueden dirigirse a sus habitaciones. Les comunicaré todo cuanto suceda.

Griko quedó un rato pensativo.

Los dos emisarios de Yanko habían dicho momentos antes de partir una frase casi entrecortada que no entendió.

Trató que la repitiesen, pero sin obtener respuesta.

Aquella frase quizá significaba el principio de una poderosa arma, próxima a ser empleada contra ellos.

Indagarían sobre la cuestión. Tenían que saber el secreto de dicha arma para acusar su golpe con más firmeza.

La frase fue casi imperceptible. Algo como… «Microlluvia». ¿Qué significaba?

Anteponer la palabra «micro» a cualquier frase, ésta denotaba menudencia, es decir: la frase citada por el emisario de Criptón sólo podía significar una cosa: hacer llover algo de tamaño muy reducido pero de grandes efectos.

Ésta era la deducción de Griko. Deducción que consultó con Sergio, Joel y los demás, coincidiendo con su idea todos.

La cúpula era infranqueable y nada podían temer estando cerrada. Sólo el cinturón antigravitatorio podía disponer de que permaneciera abierta o cerrada en par, pero no podrían estar al margen de que los hombres de Yanko destruyeran todo lo que se les antojara fuera de ella. En tal caso abrirla sería inevitable y este momento lo aprovecharían para descargar su mortífera arma.

En Criptón, Yanko enfurecido por haberse burlado de él trataba de calmar su cólera pensando en la venganza.

Se encontraba en la sala de controles, en la que Sergio y Joel dieron buena cuenta de todos los aparatos.

La puerta se abrió y entró un hombre vestido con un traje de

plástico y en las manos llevaba algo que mostró a Yanko. Éste no pronunció palabra; con pasos largos y rápidos se dirigió al laboratorio.

Una campana de cristal instalada en medio de la estancia cubría una silla. En el suelo se habían practicado diversos agujeros, los cuales quedaban también en el interior de aquella semi-esfera. Los orificios comunicaban con el exterior para que entrase por ellos el aire suficiente para poder respirar el ser que después habitaría la pequeña urna de plástico.

Se iba a realizar la prueba más importante que tuviera lugar en Criptón.

Varios técnicos en física, doctores, analistas y ayudantes, rodeaban la semi-esfera.

Unas vías hacían que se pudiese deslizar, elevándose hasta un metro de altura, lo suficiente para poder situarse bajo ella.

Dos hombres, uno de sesenta años y otro de veintisiete, se colocaron debajo. Ésta empezó a descender quedando herméticamente cerrada por las junturas del suelo.

Los orificios practicados en el suelo hacían que en su interior la atmósfera fuese la misma que en el exterior y los dos hombres miraban con cierto temor a los que les rodeaban.

De aquel experimento dependía el prestigio de Yanko.

No fracasó. Los resultados fueron satisfactorios en aquellos dos hombres que habían servido como cebo.

Yanko pensó qué ocurriría cuando aquel invento hubiera sido puesto en práctica en una ciudad como Ariel.

Esta pregunta quedaba sin respuesta hasta que la gran prueba fuera llevada a cabo.

Mientras que por la mente de él pululaban centenares de ideas destructoras, en Ariel se estudiaban todos cuantos planes de ataque podría emplear el enemigo y la manera de combatirlos.

Gran cantidad de pequeños frascos estaban expuestos en el laboratorio dispuestos a ser repartidos. El plan «I» se estaba produciendo de una manera asombrosa.

Allí estaba Griko y todos los que hasta entonces no se habían separado de él.

Sergio comentó:

—¿Nos encontramos ante una guerra bacteriológica?

Elsa lo miró con pesar. Sabía lo que aquellas palabras significaban y los inocentes que perecerían si los hombres de Yanko empleaban tal sistema de ataque.

—No. No será bacteriológica, amigos. Disponemos de antibióticos para contrarrestar sus efectos y ellos lo saben.

—¿Cuál es su opinión, Elsa? —preguntó Griko para sacarla de sus pensamientos.

—No puedo opinar, señor Griko. En este caso creo que es aventurarse a lo desconocido, pero tal vez se refiera a una lluvia radiactiva.

Después de parlamentar sobre varias cuestiones Griko opinó:

—Este problema debemos solucionarlo con calma y les ruego que consulten conmigo cualquier idea que se les ocurra.

En sus habitaciones Elsa y Sergio comentaban acerca de lo ocurrido en Criptón.

De pronto Sergio quedóse pensativo tratando de hallar algún indicio que pudiera darle la solución de aquella frase pronunciada por el emisario.

Una y otra vez se repetía entre sí aquella palabra, sin encontrar la respuesta que le diera la clave.

—No acierto a comprender su significado, Elsa…

»Nada de lo que pudimos oír en aquel planeta tiene relación alguna con “Microlluvia”. Ellos se guardaron de comentar nada sobre esta cuestión».

—Esto me hace pensar en nuestro planeta —reflexionó Elsa.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas la radiactividad? —prosiguió—. Si la consideramos como lluvia el caso está resuelto.

—Sí, pero aquella lluvia fue ocasionada por un arma, que al caer y hacer explosión la desparramó por doquier y en este caso la lluvia, a juzgar por la frase será la que después de ser esparcida ocasionará el daño.

—Es decir: quizá haya algo que la deje caer, pero sin explosión alguna. Ésta será en forma directa.

—Pero… ¿De qué clase será?

—No pienses más en ello —interrumpió Elsa—. Sea de la clase que sea tenemos que esperar.

Sergio encendió un cigarrillo y quedó mirando desde la ventana

el despejado cielo de Ariel.

Entre sí pronunció una palabra: esperar…

Los días se sucedieron. Tres semanas habían transcurrido desde la visita de los emisarios de Criptón.

Tres semanas vigilando constantemente el espacio, con los músculos en tensión, esperando en cualquier momento ver aparecer en la lejanía alguna señal de movimiento.

Pero Yanko no atacaba y la incertidumbre se hacía día a día más desesperante.

Era el segundo día de la cuarta semana cuando de improviso…

—¡Torre de control llamando a sala de pantallas!

La frase fue repetida.

—¡Hable! —contestó el mismo Griko.

—Tenemos localizadas varias astro-naves. Se acercan a gran velocidad.

—¿Cuántas?

—No se puede precisar, pero quizá hayan cincuenta o más.

—No las pierdan de vista y comuníquenme su distancia.

Griko ordenó que se diera la alarma a toda la ciudad. Los altavoces estaban conectados y las gentes tenían el oído alerta en espera de la señal.

El momento supremo llegó. La multitud corría hacia el túnel.

En varios puntos de la entrada, ascensores capaces de transportar hasta doscientas personas bajaban veloces hasta el centro del planeta, donde se hallaban los refugios.

—¡Calma! —gritaban las patrullas siderales, encargadas del orden.

—¡Atención! —Se oía por los altavoces—. ¡Todos los que puedan usar un arma preséntense en el edificio de deportes y en el arsenal!

La llamada se repetía continuamente.

Gran número de hombres se disponían a tomar posiciones estratégicas.

Se les había suministrado antibióticos para contrarrestar una posible lluvia radiactiva tal como opinó Elsa.

Varios robots se habían distribuido por las partes altas de la ciudad.

—¡Torre de control! ¡Torre de control!

—Aquí Griko. ¡Hable!

—Señor, las naves están casi encima nuestro…

—Abandonen la torre y diríjanse hacia aquí.

Desconectaron toda comunicación y la abandonaron.

Griko se dirigió a Sergio el cual estaba examinando su pistola y comprobando la carga.

—Llegó la hora y quizá sea decisiva para alguno de nosotros.

—Venceremos, señor Griko. Se lo prometo.

—Ha llegado el momento de que Yanko conozca nuestro invento y con él nuestro poder.

Sergio tenía un plan y lo llevaría a cabo en cuanto las naves de Yanko pisaran las selvas de Ariel.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Griko.

—Permítame que lleve esta operación solo y con el más absoluto secreto…

—De acuerdo, Sergio, pero recuerde que no gana la guerra una sola persona.

—Lo tendré en cuenta y no haré más de lo que pueda. Mi convencimiento es que esta guerra no será como las demás y si en mi planeta hubiera dispuesto del «Plan I» nosotros jamás nos hubiésemos conocido.

—De acuerdo, Sergio, pero cuídese; lamentaría perder un camarada de su valía.

—Lo haré.

La invasión en su punto culminante y momentos antes dejó sentir sus efectos en la parte exterior de la cúpula.

La primera andanada se incrustó cerca de ella abriendo un boquete de considerables proporciones.

A continuación otra partía en dos un corpulento árbol haciendo temblar el suelo con su tremenda caída.

Las demás naves empezaron a hacer sentir sus contundentes efectos. Disparaban una y otra vez destruyendo todo lo que coincidía con su impacto.

Los hombres metálicos de Griko no actuaban. ¿Ocurría algo que les impidiese hacerlo?

Griko en aquellos momentos difíciles pensaba que el enemigo buscaría la manera más cómoda para posarse.

La selva a pesar de su espesura les permitiría hacerlo sin ningún contratiempo y quedarían resguardados. Por este motivo los

cerebros electrónicos de Griko, controlados a su vez por otro súper-cerebro sensible, instalado en una de las salas del edificio, no actuaron.

Esto dio un margen de confianza a los hombres de Yanko, haciéndoles creer que toda la ciudad se protegía dentro de la cúpula. Así, pues, tomaron posición en las intrincadas selvas de Ariel en espera de la orden de ataque.

Mientras, Sergio se había reunido con Elsa.

—Ten cuidado, cariño —dijo recostando la cabeza en su pecho.

—No te preocupes, nada puede ocurrirme…

—Recuerda el tiempo de duración —le recalcó.

—Veinte horas son muchas horas y en ese tiempo puedo hacer que cambien de parecer.

—Tendrás que actuar sin armas…

—La mejor arma no la verán, puesto que seré yo mismo.

Sergio engulló una de las pastillas y momentos después desaparecía de la vista de Elsa.

—¡Oh! ¡Sergio! —exclamó.

—Dime.

—¿Dónde estás?

—A tu lado.

En la mejilla de ella se formó un pequeño hueco.

—Ten cuidado…

La puerta se abrió sola. Elsa quedó mirando fuera y por el aire una voz llegó a sus oídos.

—Entra. Es peligroso estar aquí.

—Hasta pronto, cariño.

Las naves permanecían en silencio e inmóviles hacía ya rato.

Por mediación del radar colocado en cada uno de los robots se comunicaba el nuevo plan.

Seguirían escondidos hasta que el «cerebro» ordenase lo contrario.

La ciudad parecía estar completamente desierta aunque a cada recodo y tras cualquier ventana había dos o tres hombres vigilando.

Sergio avanzó hacia el lugar donde habían formado un círculo las astronaves de Yanko.

Caminaba pegado a la pared, por detrás de los edificios: ver un cinturón antigravitatorio desplazarse solo no era una visión

corriente y hubiera cundido el pánico.

El secreto se tenía que guardar con celo y Sergio lo tuvo en cuenta mirando a las partes altas de los edificios.

La facilidad con que podía moverse le sirvió para avanzar hacia la cúpula con rapidez. Escondió el cinturón y miró hacia el edificio de Griko; en un punto escogido de antemano la barrera reflejó una franja de luz vertical de unos 60 centímetros y 2 metros de altura.

Por allá salió Sergio y un segundo después ésta se disipaba quedando otra vez cerrada.

El silencio se rompió de súbito. Un proyectil se estrelló contra la cúpula; la onda expansiva sacudió a Sergio, que estaba desprevenido, haciéndole perder el equilibrio.

Se parapetó tras una roca y aguardó unos instantes.

Ojeó el camino que tenía que recorrer y fue hacia la selva.

Un característico sonido conocido por él le hizo mirar hacia arriba. Un sonido que se entrecortaba a veces y que efectivamente era lo que suponía.

Por entre el follaje de un grueso y corpulento árbol vio dos robots; estaban comunicando algo con sus compañeros o tal vez recibían instrucciones del control.

Siguió avanzando y pronto divisó las naves emplazadas en forma de cuña.

Varios disparos pasaron silbando por encima de su cabeza, estrellándose de nuevo en la cúpula sin hacer mella en ella.

Dos o tres naves se elevaron y se acercaron a la impenetrable muralla lanzando a su vez su mortífera arma de rayos paralizantes.

Tan sólo conseguían ennegrecer la parte de los impactos sin lograr abrir un boquete como ellos intentaban hacer.

—No conseguiremos nada, señor —exclamó uno de los pilotos comunicando con Herme—. Esta semiesfera es de un material indestructible.

—Yo sé cómo abrirla —contestó Herme sin inmutarse.

»A fe mía que Griko no es cobarde y si presiono en su amor propio sé que cederá.

»Retiraos de ahí…

La frase fue casi cortada por una fuerte explosión. Del interior de la ciudad habían lanzado una descarga atómica y dos de las naves estallaron en mil pedazos.

En un instante, la misma franja que dejara paso a Sergio volvió a aparecer y por entre ella efectuaron el disparo.

Mientras esto sucedía las cosas empeoraban para Sergio.

Estaba a unos metros de las naves, pero no podía acercarse más a ellas; cada una estaba rodeada por una aureola de electricidad negativa que repelía y hubiera corrido la misma suerte que cualquier ser mortal.

En su interior balbuceó algunas palabras.

Se acercó y notó que su cuerpo se estremecía.

La misma tierra que pisaba transmitía aquella corriente y era imposible acercarse a menos de diez metros.

La única arma de que disponía era la misma naturaleza y esperando sacar provecho de ella cogió un pesado guijarro y lo arrojó a la nave más cercana.

Con el ruido saldrían quizá, cortando la corriente y este momento lo aprovecharía él para colarse dentro.

Dio a un lado y momentos después una portezuela se abría y medio cuerpo de uno de los tripulantes salía al exterior.

Sergio habíase adelantado lo suficiente como para recibir una nueva descarga, pero aquella vez no la acusó. La corriente había sido cortada, pero no podía entrar porque aquel hombre se lo impedía. No pasaban juntos por la puerta.

Las naves eran reducidas y podía verse bien todo su interior; Herme no estaba en aquélla.

El tripulante se metió dentro y de nuevo la aureola volvió a ejercer su poderosa acción de defensa.

¿Cómo localizaría la nave de Herme entre tantas?

Una nueva idea le dio la posible solución.

Se proporcionó otro pedrusco y lo tiró con fuerza contra la misma nave. Ésta viró, desvaneciéndose la barrera eléctrica. El mismo individuo volvió a salir y miró a su alrededor con cara de asombro.

Sergio dejó oír su voz, lanzando una nueva piedra que hizo blanco en el costado del extrañado personaje.

De su pistola salieron varias ráfagas, que se incrustaron en un árbol partiéndolo por la mitad.

El plan empezaba a dar resultado; de varias naves descendieron sus hombres para hacer frente al agresor, pero en aquella ocasión el

agresor era invisible y la batalla era inútil.

Dijo algo a sus hombres que Sergio no entendió y entró.

A Sergio no le interesaban los hombres de Herme sino el propio Herme y no se hizo esperar. Uno de los vehículos se adelantó y abrió la escotilla; una figura harto conocida apareció en ella: era él.

La puerta se cerraba automáticamente, pero aquella vez no lo hizo; una piedra colocada de manera inteligente privó al mecanismo de hacerlo y permitió que Sergio se «colase» por allí.

Sergio había penetrado ya dentro de la nave y el mismo la cerró. La operación duró apenas unos segundos y nadie se percató de ello.

En su interior habían aparte de Herme dos hombres más.

El cabecilla de aquella invasión no estaba en aquel momento con sus dos compañeros.

Sólo un pequeño apartamento había en aquellas naves y por la sombra vio a través del cristal biselado la figura de Herme. Corrió la puerta con cautela; estaba de espaldas y no se volvió. Entró de súbito y oprimió con fuerza el dedo en sus riñones y atenazándole con la otra mano la garganta hasta el punto de hacerlo enrojecer.

—¡Quieto, Herme! —exclamó—. ¿Reconoces mi voz? Cualquier movimiento y te desintegro. Creo que ya conoces los efectos de mi pistola.

—¡Sergio! —exclamó no dando crédito a lo que sucedía.

—Veo que me recuerdas aunque no hace mucho desde la última vez que nos vimos. Vas a hacer lo que te ordene… ¡No quiero fallos!

La corpulencia de Sergio con sus noventa kilos de peso hizo contestar a Herme de manera afirmativa.

—Tú ganas… por ahora.

—Por ahora y siempre. Ésta es la batalla final y te juro que no vacilaré un momento en matarte si intentas oponerte a mis decisiones.

Una tremenda explosión sacudió la nave. Ésta volcó con estrépito haciendo que rodasen por el suelo y perdiendo el conocimiento.

Las baterías atómicas de Griko disparaban una y otra vez ocasionando numerosas bajas en las filas de Herme.

La selva se convirtió en un verdadero infierno. Esto era lo que el enemigo esperaba y al abrirse la cúpula varias naves penetraron en su interior.

Herme recobró los sentidos y miró buscando a Sergio. Su cuerpo estaba inerte se encontraba a un metro de él; el plan «I» le había salvado la vida.

De haber estado visible hubiese sido rematado sin piedad.

CAPÍTULO IV



ergio empezaba a recobrarse del golpe. La pequeña estancia estaba aplastada por sus cuatro costados y una plancha de acero había quedado de forma que le impedía todo movimiento y si la nave se tambaleaba moría estrangulado.

Tenía que actuar con rapidez. Herme no estaba allí, tal vez la ciudad estaba en peligro y Elsa en ella.

Sacó todas sus fuerzas y trató de librarse de aquella tenaza que segundo a segundo apretaba con más fuerza obstruyéndole la garganta.

Un golpe seco hizo aflojar la presión que la plancha ejercía sobre su cuello.

Cada vez que se movía una queja de dolor escapaba de su boca, notando que por su cuello se deslizaba un líquido espeso. Estaba sangrando y al contacto con el oxígeno la sangre era visible.

Aquello le recordó el tiempo que faltaba para su materialización

y se apresuró a salir de allá. Si recobraba su forma se encontraría a merced del enemigo.

Por fin logró salir de aquel montón de hierros humeantes y dio una ojeada a su alrededor.

Varias naves en idéntico estado como en la que él había salido ileso reposaban allí destruidas por robots.

Sorteando obstáculos se dirigió a la ciudad y vio la cúpula abierta por uno de sus lados. Una franja suficientemente ancha por la que pasaron las naves de Herme.

Buscó el cinturón y saltó con todas sus fuerzas hacia lo alto de un edificio.

Impulsado por una fuerza extraña saltaba una y otra vez sin apenas poder controlar sus movimientos. ¿Qué ocurría?

En pocos minutos se sintió agotado y a duras penas logró alcanzar el edificio de la sala de pantallas.

Elsa estaba con Griko, el doctor y varios amigos de ellos.

—¡Elsa! ¡Elsa!

Su cuerpo había recobrado ya su forma y lo cubrió de momento con una cortina.

—¡Sergio!

La emoción les hizo olvidar el estado en que se encontraba.

—¡Oh! ¡Sergio! Creí que no te volvería a ver.

—Estoy bien. Ahora necesito mis ropas; hace un momento que recobré mi forma.

Sergio explicó lo que sucedió en la nave de Herme.

—No se preocupe —dijo Griko—; no fue culpa suya.

—Casi no podía controlar mis movimientos y estoy agotado — continuó Sergio—. ¿Qué ocurre en Ariel, Griko?

—Por fin sabemos la verdadera razón de la frase que pronunció el emisario.

—¿Microlluvia? —respondió.

Griko asentó con la cabeza.

—Esto es lo que le ha agotado.

—Han conseguido concentrar una fuerte dosis de oxígeno en el tamaño de una bolita de 1 milímetro de diámetro. Estas diminutas bolas son demasiado sensibles y se parten con el más mínimo golpe.

—Es decir —continuó Sergio—, estamos bajo una lluvia de oxígeno… bajo la Microlluvia.

—Eso es y no veo la forma de combatir esa arma.

El suelo de Ariel estaba sembrado de aquella mortífera lluvia. Las naves de Criptón dejaban caer sin cesar millares y millares de partículas del concentrado gas.

Los hombres de Herme invadieron las calles; su rostro estaba semicubierto por una careta antigás y luchaban con enorme ventaja a su favor.

Los agotados soldados de Griko apenas tenían fuerzas para levantar su arma y caían exhaustos bajo el fuego del enemigo, el cual ante un adversario tan debilitado luchaba a su antojo.

—Usaremos nuestras máscaras —opinó Joel.

—De nada nos sirven; lo hemos probado. Ese gas nocivo para nuestros pulmones se filtra también por los poros de la piel haciendo ineficaces nuestras máscaras.

—Las suyas, además de suministrarles el aire suficiente, ejercen sobre su cuerpo un poder especial.

—¡Vamos, Joel! —exclamó Sergio—. Tenemos que proporcionarnos esas máscaras.

—¿Cómo? En cuanto salgamos de aquí caeremos como todos.

—Lo intentaremos. Tenemos un margen de tiempo de que nos afecte y procuraremos llegar al edificio de los deportes. Allá tienen su cuartel general.

Sin pensarlo más salieron de estampida.

Los efectos del gas empezaban a notarse. Se encontraban a mitad de camino y sus fuerzas casi habían disminuido en un sesenta por ciento.

Las piernas apenas los sostenían pero hacían esfuerzos supremos para llegar. El futuro de Ariel dependía de ellos.

—¡No puedo más, Sergio!

—¡Tenemos que llegar! —alentaba él con el rostro desencajado por el cansancio.

Delante de ellos aparecieron dos hombres de Herme. Sus pistolas les apuntaban y sabían que quedarían petrificados si les daban tiempo a que apretasen el gatillo.

Lo hicieron y al mismo instante se echaron al suelo, pasando las ráfagas por encima de sus cabezas.

Sergio apuntó bien y disparó varias veces. Una luz cegadora partió del arma y los dos hombres desaparecieron produciendo su

desintegración un chasquido característico.

Habían perdido tan sólo unos segundos y su desgaste era ya de un setenta por ciento.

—Hemos perdido mucho tiempo, Sergio. No conseguiremos llegar y aunque lo hagamos estamos tan débiles como para que con un simple golpe nos quiten de enmedio.

—Llegaremos —dijo sacando fuerzas de flaqueza—. Tenemos que llegar…

Por sus rostros se deslizaban unas gruesas gotas de sudor.

Salvaron fatigosamente la distancia que les separaba del edificio y entraron en un pequeño despacho situado al lado del vestíbulo.

—La suerte nos acompaña, Joel. No hay nadie —afirmó Sergio apoyándose en la pared. Busquemos una cuerda. ¡Rápido!

—¿Una cuerda? ¿Para qué? —contestó con extrañeza Joel.

—¡Busquémosla! No hay tiempo que perder; se acerca uno de esos hombres.

—Por aquí será difícil encontrarla.

Joel miró en todos los cajones.

—No encuentro nada… —dijo y prosiguió—. ¡Espero, Sergio! Si en aquel botiquín hay cinta adhesiva nos servirá.

Se colocaron uno a cada extremo de la puerta y extendieron la cinta en el suelo cogiéndola con fuerza.

Cuerpo a cuerpo no hubiesen conseguido nada y tenían poco tiempo para resistir a aquel horrible aire contaminado.

La puerta se abrió y entró el Criptoniano, armado con su fusil de rayos paralizantes y con el rostro cubierto por la careta.

La cinta se le interpuso al querer dar otro paso y perdió el equilibrio.

Su cabeza chocó en una silla puesta de antemano delante de la entrada. El golpe sonó a hueco y el visitante quedó inconsciente de momento, con una ceja ensangrentada.

El pequeño esfuerzo acabó con las pocas fuerzas de Joel y se desplomó.

Era necesario proporcionarle una de aquellas caretas o moriría.

La constitución física de Sergio era superior a la de su amigo y aunque la vista no le retenía las imágenes con suficiente nitidez hacía esfuerzos supremos para controlar su cerebro.

Apenas podía moverse y echado en el suelo trataba de alcanzar

el fusil para encararlo hacia su enemigo, el cual estaba recobrándose del golpe.

Puso el dedo en el gatillo y dominó su mirada para no errar. Si fallaba sería tarde para volver a disparar.

Presionó con todas sus fuerzas, pero no podía. Tuvo que emplear las dos manos para poder efectuar el disparo.

El débil gatillo se le antojaba a Sergio que se había agarrotado.

Un chispazo partió del fusil y perforó el costado de aquel hombre.

¡De momento estaban salvados!

Le sacó la careta y respiró desesperadamente un rato. Sus músculos recobraron un poco de fuerza; la suficiente para arrastrarse hacia Joel y colocarle la máscara.

Sergio esperó unos minutos interminables. Joel respiraba ya con normalidad y se levantaba algo aturdido.

¿Qué ha pasado Sergio?

—Ha podido deshacerme de él; no te preocupes.

—Ahora es necesario que busques otra careta; ponte sus ropas… pasarás por uno de ellos.

—¿Y tú? ¿Resistirás?

—Sí, pero date prisa. ¡Vamos! —insistió—. No te preocupes por mí. Puedo usar la pistola.

—Sí, pero date prisa.

Joel salió decidido en busca de una careta.

Nadie entró en el despacho. La ausencia de Joel se prolongaba demasiado o así le pareció a Sergio.

Mientras, la ciudad estaba siendo dominada por Herme.

En aquel momento Sergio pensó en Elsa; estaba con Griko, el Doctor y el Capitán en la sala de pantallas. Podrían resistir unos instantes pero caerían bajo la superioridad de los Criptonianos.

La puerta se abrió y apareció Joel con una de las máscaras. Sin pronunciar palabra se la puso; Sergio había perdido ya el conocimiento.

Al notarla aspiró con avidez varias veces recobrando al instante sus movimientos.

—Si tardas un poco más… —insinuó.

Su voz sonaba profunda a través de la máscara.

—No ha sido muy fácil. Hay tipos de ésos por todas partes.

—Vamos, tenemos que hacemos con una de las naves, pero antes necesito vestirme como tú.

Joel abrió la puerta y llamó siseando al primero que pasó por allá. La careta cubría la mayor parte del rostro y se confundía con uno de ellos.

Se hizo a un lado y el confiado enemigo entró.

Sergio le golpeó en la nuca con la culata del fusil.

—¡Lo conseguimos! —exclamó—. Y ahora a por la nave, pero primero escondamos a ésos; no conviene que los descubran por ahora.

—Luego nos ocuparemos de Herme.

Varias naves estaban al lado de la boca del túnel y sus ocupantes se hallaban con los fusiles apuntando hacia su interior.

Escogieron la que les pareció menos vigilada y tras penetrar veloces pisaron a fondo el acelerador.

En la entrada del edificio donde se encontraba Griko habían varias naves vigilando. Se elevaron hasta la habitación de él y miraron en su interior. Elsa no estaba. La ventana estaba cerrada y Sergio rompió el cristal.

En la sala de pantallas encontraron a todos. Sus puertas se cerraban herméticamente y la atmósfera en su interior era normal.

—¡Sergio! —gritó Elsa.

—Cálmate; no ha ocurrido nada. Estamos bien.

—¿Os ha sucedido algo? —insistió dirigiéndose a Joel.

—¿No te convence nuestra presencia?

—Nos costó trabajo, pero conseguimos las caretas y los trajes.

—¿Habéis visto las naves que esparcen la lluvia?

—Yo he visto tres de ellas —contestó Ciro.

—Hay diez y cada cinco minutos actúan todas a la vez dejando caer parte de su carga.

—Si no logramos inutilizarlas acabarán con todos nosotros. Cada vez que se oye ese silbido es una nueva descarga.

—¿Se le ocurre algo, Sergio? —indagó Griko.

—Creo que todos hemos tenido en la vida ideas absurdas y aunque la mía lo sea, en momentos decisivos todo puede servir.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó Ciro impaciente —. Habla, por favor.

—Acérquense a esa ventana. Desde aquí se ven dos de esas

naves. Miren el tubo por el que sale la lluvia: su diámetro oscila entre los 50 y 60 centímetros…

—¿Qué tiene eso de particular? —repuso Griko sin acertar a comprender la idea de su amigo.

—¿Qué ocurriría si se obstruyera?

—¿Cómo vamos a taponar ese tubo? Es imposible Sergio.

—No lo es señor Griko. ¿Qué diámetro tienen sus robots?

—¿Mis robots?

Todos quedaron un momento pensativos sin caer en la cuenta.

—¡Fantástica idea, Sergio! Ellos se encargarán de obstruir el paso…

—Un momento. Antes tenemos que proveemos de máscaras. Una vez hayan actuado sus hombres metálicos actuaremos nosotros y no podríamos hacerlo si la atmósfera estuviera todavía impregnada.

—Joel y yo nos encargaremos de esto. Ahora nos será fácil.

—Vamos, no podemos perder tiempo…

La frase quedó entrecortada. Una enorme sacudida estremeció los cimientos del edificio haciendo rodar a todos por el suelo.

—¡Elsa! —gritó Sergio tratando de alcanzarla.

—¿Qué es esto? ¡Nos hundimos! —decía uno.

—¡Tenemos que salir de aquí o moriremos aplastados! —gritaba otro.

—¡Un momento! —Trató de calmar Griko—. Conozco esa clase de movimiento y no es precisamente lo que ustedes piensan. Algo ha ocurrido en la sala de máquinas. Estamos alejándonos de nuestra órbita a gran velocidad.

El edificio dejó de vibrar y esto calmó los ánimos de todos.

—¿Ha dicho de nuestra órbita?

—Sí, doctor. Nuestro planeta se mueve a voluntad nuestra…, pero ya les hablaré de ello si salimos de ésta.

—Debemos averiguar el motivo de este desplazamiento y controlarlo; si entramos en una zona fría pereceremos congelados.

Griko trató de comunicar con la sala de máquinas y nadie contestó.

—No contestan; debemos ir allá sea como sea… aunque —prosiguió con gesto vacilante— este incidente puede sernos de gran utilidad…

—Hable, señor Griko —pidió Elsa—; estamos impacientes.

—Miren: estos termómetros y barómetros comunican con el exterior. La temperatura aquí es siempre la misma y no se notan los cambios, pero observen el termómetro: está subiendo cada vez más y la presión en el barómetro disminuye por momentos.

—Estamos entrando en una zona calurosa y continuamos a la misma velocidad.

La temperatura iba subiendo… 40, 45, 50 y así hasta alcanzar los 75 grados centígrados en que la loca carrera del planeta cesó.

Griko cortó la energía de todo el planeta. Todo dejó de funcionar en Ariel; los robots quedaron inmóviles y los edificios sumidos en una profunda oscuridad.

—¡Rápido! —gritó Griko a Joel que se hallaba al lado de un gran conmutador—. ¡Conecte esta palanca, Joel! No les daremos tiempo a que abandonen la ciudad y se quedarán dentro.

La cúpula recobró su consistencia y quedó herméticamente cerrada.

—No entiendo —repuso Edmund.

—Escuchen: esa gente está acostumbrada a temperaturas en exceso frías; su constitución física no es como la nuestra y el calor les aniquilará.

Algunas de las naves no salieron por segundos y pugnaban junto al techo de la cúpula tratando de hallar algún hueco por el que pasar.

De pronto y como empujados por una gigantesca mano se precipitaban vertiginosos contra el suelo, con un ronco zumbido.

Una idea pasó al mismo tiempo por la mente de Joel y Sergio: ¡Herme!

—¿Piensas lo que yo, Joel? —insinuó con una sonrisa.

—¡Herme! —contestó.

—Sí. Tenemos que saldar una cuenta. ¿No te parece?

Un rumor de voces se acercaba por el pasillo.

—Escuchen —exclamó Griko—; algo pasa fuera.

Uno de los ayudantes abrió la puerta y sacó la cabeza y al mismo instante una fuerte descarga de rayos paralizantes le destrozó el cráneo.

—¡Cierre la puerta! ¡Rápido!

Edmund se apresuró a obedecer empujándola con fuerza.

Sergio objetó:

—Subamos al pasillo superior.

Por una escalerilla se trasladaron al piso de arriba. Sergio y Joel se adelantaron saliendo al otro pasillo; volvieron a bajar, pero uno por cada extremo, dejando a sus atacantes entre dos fuegos.

Las pistolas de ambos vomitaron sus mortíferos rayos destrozando los cuerpos de los hombres de Herme, el cual se parapetó en un recodo.

Los sorprendidos Criptonianos caían desintegrados sin exhalar ni un solo gemido.

—¡Quieto, Herme! —exclamaron los dos a un tiempo. Éste estaba solo y se disponía a entrar en el elevador. Como un relámpago apuntó su pistola hacia Joel y disparó… disparó hasta vaciar el cargador.

Las ráfagas se incrustaron en la pared dejando una mancha negra por efectos de una terrible quemadura.

Joel iba a entrar en acción cuando Sergio corrió hacia Herme y antes de que pudiese volver a pulsar el gatillo se lanzó a sus pies haciéndole rodar por el suelo.

El puño de Sergio se estrelló en la mandíbula. El calor le había agotado y aquello acabó con él, cayendo pesadamente.

—¿Estás bien, Joel?

Junto a las naves de Criptón yacían sus ocupantes asfixiados por la elevada temperatura.

Lo que no hubiesen conseguido los hombres de Griko a pesar de todos sus esfuerzos lo consiguió la naturaleza, junto con un afortunado accidente: eliminar de la forma más sencilla la tenaz flota de invasores.

Con ellos se obtuvo otro triunfo: limpiar Ariel de la superficial lluvia.

EPÍLOGO

Pasados tres días, el orden volvía a reinar en Ariel y todos celebraban el triunfo.

En el suntuoso comedor de Griko se hallaban los principales protagonistas de aquella increíble aventura.

Sergio preguntó:

—¿Cómo lograron hacerse con los cinturones antigravitatorios, Griko?

—No se hicieron con ellos. Yanko ha estado muchas veces aquí y conocía a fondo su mecanismo. Fue fácil para ellos fabricarlos, pero sólo les servía para pasar un hombre y no una nave.

—¿Qué truco emplearon para hacerle abrir la cúpula? Usted sabía que si lo hacía el resultado sería fatal.

—¿Cómo puede uno luchar con su enemigo escondiéndose tras la trinchera?

—En el momento de hacerlo —prosiguió—, varias naves, las que tenían que descargar su arma, estaban apostadas encima de la cúpula. En un instante nuestra atmósfera quedó contaminada y no les costó mucho hacerse con el edificio de los deportes, el cual hicieron servir de cuartel general.

»Hicimos lo que pudimos, pero en un ambiente tan sumamente oxigenado era imposible defenderse. Después de unos minutos de mucho vigor nuestros hombres caían como moscas… el oxígeno les daba fuerzas de momento, pero les atrofiaba los músculos después. Creo que había alguna otra mezcla desconocida por nosotros. Lo demás ya lo saben ustedes —concluyó.

—¿Qué ocurrió en la sala de máquinas cuando salimos de nuestra órbita? —preguntó Joel.

—Es cierto. No había vuelto a recordar ese detalle y sin

embargo, gracias a tal percance estamos aquí todos.

—Uno de los técnicos fue el que sin querer hizo funcionar los reactores atómicos. Sin duda en un momento de nerviosismo.

—Y ahora pregunto yo —exclamó Griko antes de que nadie hablara—: ¿regresarán a su planeta?

El bullicio era general, pero al mencionar aquella palabra todos enmudecieron esperando la respuesta de Sergio o de Joel.

A raíz de todo lo acaecido se habían transformado en una especie de símbolo para los habitantes de Ariel.

Joel habló:

—Ocho años han transcurrido desde nuestra emigración. Todos sabemos que las mutaciones repercutirán en los que quedaron, y aun ahora no debemos vacilar al pensar que al cabo de ese tiempo encontraremos seres deformes y es probable hallar alguno de nuestros familiares íntimos en un estado que nos haría estremecer.

»Doctor, usted mejor que nadie sabe los efectos catastróficos que causa la radioactividad. Exponga una idea de la especie humana después de haber sufrido una lluvia de esta índole.

Ciro sin levantarse encendió un cigarrillo y dio su opinión acerca de la pregunta que le había formulado Joel.

—No va a gustar a nadie ni menos a los que somos aquí terrestres este relato, pero es necesario contestar a esa pregunta. Quizás algún día emprenda alguien el regreso a la Tierra y es mejor que esté prevenido.

»Cierta vez se dijo que dependería el desarrollo futuro de la civilización en parte de la utilización de la energía nuclear y en mi modesta opinión estoy de acuerdo con esta teoría, que parece ha resultado cierta.

»En nuestro largo viaje y mucho antes de llegar a este planeta pudimos comprobar que tal escrito no mentía. Tuvimos que abandonar en el espacio a muchas personas que fueron afectadas por la lluvia radiactiva y pudimos también comprobar que la metamorfosis que sufrieron fue desastrosa, algo verdaderamente terrible.

»Usted mismo lo vio con sus propios ojos —dijo señalando a Sergio.

—Nunca lo olvidaré; se lo aseguro.

—Pues bien —prosiguió—; durante decenas de años se irá

reproduciendo esta enfermedad y las nuevas generaciones que vengan a reemplazar a las primitivas sufrirán este cambio, hasta que logremos hacer desaparecer esta especie de epidemia.

»Resumiendo: no es de extrañar que encontremos en la Tierra seres monstruosos con dos cabezas o sin brazos. Personas parecidas a los animales irracionales.

Aquellas palabras hicieron levantar un murmullo de asombro.

—Creo que debemos dejar pasar varios años antes de intentar regresar a nuestro planeta.

Sergio y Elsa se levantaron y se dirigieron a la terraza desde donde dominaban la parte más importante de la ciudad.

Sergio se mostraba pensativo.

—¿Te sorprendieron las palabras de Ciro? —preguntó Elsa.

—Iremos a nuestro planeta, Elsa, aunque nos pese después haberlo hecho. No podemos seguir ignorando lo que les haya podido suceder a sus habitantes… Quizás estos ocho años hayan borrado ya la epidemia. El campo de la medicina está suficientemente adelantado como para haberlo conseguido.

—No, Sergio —repuso ella—. La atmósfera terrestre puede estar limpia, pero no sus habitantes. Tendrán que pasar muchas generaciones para que nazcan seres normales por completo. Tal vez cuando llegásemos tuviéramos que enfrentamos con uno de esos seres monstruosos que citó Ciro.

—Es posible, pero no nos impedirá esto el que vayamos. Él mismo lo desea.

—¡Eh! —gritó una voz asomando la cabeza por el hueco de la puerta—. ¡Os reclaman ahí dentro!

—¡Ya vamos, Cris! —gritó también Elsa.

Sergio la miraba con ternura; una sonrisa se dibujó en los labios de ella.

—Si no entramos son capaces de salir todos —insinuó.

Con las copas alzadas brindaron una vez más por aquellos dos hombres que supieron arrancar de un enemigo el secreto de la existencia de un planeta y todos sus habitantes.

* * *

Diez años habían transcurrido y un día en que el planeta estaba

aún sumido en el letargo, una nave superlumínica cruzaba el espacio en dirección a la Tierra.

Ésta viajaba por un sistema de ondas siendo su velocidad ilimitada. En pocas semanas llegarían a su planeta.

Encabezaban la lista de la expedición Sergio y Elsa; Joel y esposa; Griko, el Capitán Edmund, el doctor Ciro, Cris y esposa y varios enfermeros de ambos sexos.

Una idea estaba fija en la mente de todos: la de encontrar una raza extinguida o monstruosamente deformada.

Más que una idea era una obsesión, pero nadie daba su parecer y todos, durante el viaje, guardaron sus impresiones.

Las miradas eran más penetrantes e interrogativas en tanto que la astronave se acercaba a la Tierra.

Menos de quinientos mil kilómetros les separaba ya de su planeta. La nave disminuyó la marcha pasando a unas diez mil millas de la Luna.

Sergio recordó al profesor Santos. ¿Viviría su antiguo maestro al cabo de dieciocho años? Su edad era avanzada cuando le vio por última vez, pero podía vivir aún.

Recordó también el encendedor y lo miró con curiosidad.

Elsa charlaba con las enfermeras mientras él, mirando por una de las mirillas, recordaba sucesos acaecidos en los últimos años.

De pronto el calor enrojeció las planchas exteriores de la nave. Habían entrado en la atmósfera terrestre y su densidad produjo este fenómeno. Aquello era trivial ya que en su interior nada cambió, siendo la temperatura reinante de 10 a
20° C.

—¡Eh, miren! —gritó Cris—. Ahí tenemos la Tierra; nuestra Tierra.

El perfil de la situación geográfica se divisaba a lo lejos, como si un pintor hubiera trazado aquellos rasgos fantásticamente definidos.

Uno de los hemisferios estaba sumido en las sombras, mientras que el otro gozaba de un espléndido sol… el caluroso sol de agosto que daba de lleno en las aguas mediterráneas reflejándolas en el firmamento.

—Dentro de unos minutos tomaremos tierra —dijo el Capitán—. Colóquense los trajes antiradiactivos.

—¡Es increíble! —exclamó Joel que estaba al cuidado de los

mandos—. Después de tantos años aun los contadores acusan en la atmósfera radiactividad.

Así era, los relojes marcaban la mortal sustancia haciendo oscilar sus agujas sin cesar.

La astronave descendió con lentitud y se posó en un llano del terreno rodeado de rocas y pequeños arbustos.

Durante varios minutos observaron en silencio a través de las mirillas. Nada hacía notar que hubiese vida alguna allí y sólo una débil brisa mecía de vez en cuando aquellas empobrecidas ramas, que se balanceaban apenas como queriendo lanzar un gemido de soledad y dolor.

La nave abrió las puertas, pero antes una barrera antiradiactiva la circundó neutralizando así todo efecto de la enrarecida atmósfera.

Se dispusieron a descender, siendo Griko el primero en hacerlo. No había estado en aquel planeta y se le dio la preferencia.

Uno a uno fueron saliendo y mirando con recelo hacia todos los lados.

—Este silencio no me gusta, Sergio —dijo Joel—. Parece el silencio de una ciudad muerta. Una ciudad que ha llegado al fin de su mundo.

—Será mejor que nos dividamos en dos grupos —opinó Sergio.

—De acuerdo.

—Yo iré con Griko y el Capitán —propuso Sergio.

—Dentro de una hora nos reuniremos aquí. Que avise con dos disparos el que encuentre algo.

—Está bien. Suerte.

Los dos grupos tomaron direcciones opuestas.

La astronave cerró las puertas; bajo ningún pretexto deberían salir de ella los que permanecían dentro.

El grupo de Joel pronto divisó señales de vida.

Mina, la esposa de Cris, fue la primera en percatarse de una columna de humo que se elevaba perezosa a poca altura, disipándose luego.

Con el acento inconfundible de un idioma que no era terrestre expresó lo que estaba viendo a su esposo.

—¡Allí, Joel! —advirtió éste—. Han encendido una hoguera.

Cris desenfundó rápido su pistola.

—Espera. Miraremos antes de qué se trata —sugirió Joel.

—En otros tiempos —prosiguió— me hubiese dirigido hacia allá sin ninguna contemplación, pero ahora…

—Ahora es muy distinto —interrumpió Ciro—. No sabemos con lo que vamos a encontramos.

Se acercaron y quedaron aterrados ante aquel espectáculo. No cabía duda que eran seres humanos o por lo menos descendían de ellos.

Partiendo del cuello todas sus extremidades eran idénticas a las de una persona normal, pero no la cabeza: ésta carecía por completo de cuero cabelludo y en su rostro destacaba un gran ojo. Un solo ojo.

Estaban frente a una generación de Cíclopes; éste había sido el destino de los contaminados y ésta su odisea: la tremenda odisea de engendrar una raza raquítica y deforme.

Joel dijo algo que dio que pensar a todos.

—Es curioso que no hayamos tenido ningún tropiezo con esas gentes. Nuestra nave la deben de haber visto cuando nos acercábamos y, sin embargo, parecen que lo ignoren.

—Esto no me gusta —exclamó Ciro Debemos ir en busca de Sergio y los demás.

Mientras en otro lugar…

—Vamos —sugirió Sergio dirigiéndose hacia la nave—. Las mujeres deberían quedarse en la nave; estarían más seguras.

Ellas no eran de esa opinión, pero ante la insistencia de los hombres optaron por regresar rápidamente a la nave.

Joel dirigía sus pasos en busca de Sergio cuando les vieron que se acercaban corriendo.

—¡Adentro! —gritó Sergio—. ¡Nos vienen siguiendo!

La nave abrió sus puertas rápidamente y casi no había entrado Sergio cuando se cerraron rozándole el tacón del zapato.

—Ayúdenme —se dirigió a los enfermeros—. Edmund está herido.

—No es nada; es sólo un golpe.

—Lo miraremos. Recibió un buen arañazo.

Dos enfermeras se apresuraron a cuidarle. Sergio se dirigió a donde estaba Joel examinando los mandos.

—Apenas marcan radioactividad. Nos encontramos en una zona

poco afectada —aclaró Joel señalando a los controles.

—Es cierto. Quizá nuestra propia nave ha despejado en parte esté lugar.

En el exterior se oía un bullicio que llamó la atención de todos.

Los hombres-cíclopes habían rodeado la astronave y se disponían a atacar.

Poco podían hacer ante aquella mole blindada, cuando las grandes velocidades que alcanzaba (velocidad muy superior a la de la luz), no le afectaban en lo más mínimo.

Cris sugería:

—Debemos alejarles.

—No hay por qué preocuparse. En cuanto traten de acercarse más tropezarán con la barrera antirradiactiva —exclamó Griko—. Ella se encargará de que no se acerquen.

Las palabras de Griko fueron confirmadas. Cuando se hallaban a dos metros una fuerza invisible les hacía retroceder produciéndoles un estremecimiento en todo el cuerpo.

Hubo un momento que aquel espectáculo hizo escapar alguna sonrisa, pero poco a poco los rostros iban entristeciéndose. Quizás alguno de aquellos desdichados fuera familiar de ellos y la sola idea de pensarlo convirtió aquella visión, algo grotesca y divertida, en una situación dramática.

—¡Vámonos, Joel! —exclamó Sergio retirándose de la mirilla.

Elsa lo miró mientras que sus ojos adquirían un brillo característico y se le humedecían.

Nadie pronunció palabra y comprendieron los sentimientos de su amigo porque eran los sentimientos de todos.

Una nube de polvo envolvió la nave y momentos después atravesaba la atmósfera para adentrarse en los confines del Universo.

—¿Crees que nuestro mundo ha llegado a su fin, Sergio? —preguntó Elsa acercando su mejilla a la de él.

—No, cariño. Nuestro mundo volverá a empezar.

¡La destrucción de la Tierra fue consumada por efectos de la energía nuclear, liberada por el hombre terrestre!

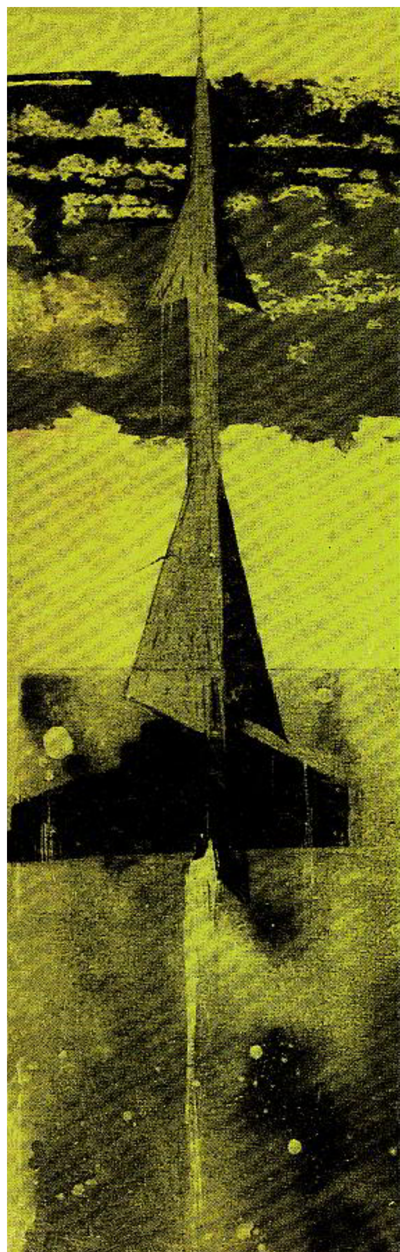
La avanzada ciencia de sus propios habitantes lo habían conseguido. La superficie arrasada y calcinada del infeliz planeta ha quedado resquebrajada y cubierta por enormes cicatrices circulares,

semejantes a tremendos circos. La explosión atómica que produjo este último, finalizó seguramente la obra destructora, que lo arrasó todo en un radio superior a los diez mil kilómetros. Ciento cincuenta kilos de material desintegrante pudieron consumar la fatal muerte del que había sido hasta entonces un floreciente planeta.

El hombre se abrirá camino ahora, como lo hizo siempre. Volverá a edificar, a inventar y procurarse medios para una vida mejor y creará a su vez un arma con la que domine la Tierra. Entonces volverá a empezar el principio del fin de su mundo.

Para ellos había terminado bien una terrible aventura, donde la muerte tendió las afiladas garras de acero hacia sus vidas en peligro. El destino había querido librarles, como también era el destino quien les ofrecía ahora un maravilloso porvenir que vivirían los dos en su nuevo mundo.





Próximo número

LOS ACTORES DEL COSMOS

La visión de un Universo regido por máquinas y... ¡LOCOS!

Autor:

PETER KAPRA

Precio: 8 ptas.